La temporada del escándalo



USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

SAMANTHA HOLT

GEORGIANA

Esta edición es una traducción de la siguiente obra, realizada con Kindle Translate, el servicio de traducción de libros basado en inteligencia artificial de Amazon:

Obra original: Georgiana
Autor: Samantha Holt
Fecha de publicación original: Julio, 2026

La obra original ha sido traducida íntegramente. Los materiales complementarios, incluyendo prólogos, avisos de derechos de autor, reseñas y agradecimientos, han sido traducidos fielmente y pueden contener referencias específicas a la edición original en inglés.

Georgiana

La temporada del escándalo

Samantha Holt

Copyright © 2026 Samantha Holt

Todos los derechos reservados

Los personajes y acontecimientos de este libro son ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia y no ha sido buscado por la autora.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, su almacenamiento en sistemas informáticos y su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la editorial.

Capítulo Uno

Georgiana pensaba a menudo que sus padres las habían maldecido a ella y a sus hermanas con sus nombres. Bastaba echar un vistazo al desordenado salón para confirmar por qué las cuatro mayores seguían solteras.

Por supuesto, técnicamente Georgiana había estado casada una vez.

Durante dos días.

Apenas contaba.

Aunque fueron los peores dos días de su vida.

Sus hermanas menores estaban ocupadas con las lecciones en la escuela, pero el rastro de las tres quedaba esparcido por la habitación: bordados a medio terminar, cuadernos de ejercicios abandonados y manchados de tinta, y una silla cubierta de cintas que mostraba las marcas inconfundibles de una mañana de discusiones sobre quién podía coger prestado qué, hasta que Georgiana intervino.

Theo también estaba ausente, aunque nadie lo habría dicho a juzgar por el rastro que había dejado: una cuidadosa disposición de piedras y fragmentos sobre una sábana extendida en la mesa, y un surtido de tesoros y experimentos inclasificables que ocupaban cada estante y alféizar. Georgiana ya podía imaginarse su regreso: faldas manchadas de verde, manos sucias, rostro iluminado de triunfo por haber descubierto algo nuevo.

Georgiana dudaba que alguna de las hermanas mayores supiera por qué las habían convocado. Wilhelmina se reía de la imitación que Frances hacía del reverendo Joy, echando la cabeza

hacia atrás, con las mejillas sonrosadas de deleite mientras Frankie exageraba el tono nasal de sus sermones.

Will parecía más joven cuando se reía. Georgiana deseaba poder embotellar ese sonido.

Se le hizo un nudo en el estómago.

La risa de Will pronto se apagaría. Estaba segura de ello.

La puerta crujió al abrirse cuando su padre se detuvo en el umbral. Enderezó los hombros y entró en la habitación; su mirada reparó de inmediato en un libro fuera de lugar. Lo deslizó del borde del estante y lo devolvió a su sitio antes de dirigir su atención hacia ellas.

—¿Dónde está Theodosia?

Georgiana carraspeó.

—En el jardín, padre. Seguramente se le habrá ido el santo al cielo entre las rosas, como siempre.

Observó cómo fruncía el ceño ante la mención de su hermana díscola. Theo siempre había sido una salvaje que seguía sus propios caprichos sin la menor preocupación por las expectativas de la sociedad.

—Tendré que hablar con ella más tarde. Quién sabe cuándo volverá.

Se ajustó las gafas y miró a sus hijas con solemnidad.

—Os he convocado a todas aquí hoy porque me he enterado de que nuestra familia se encuentra en una situación desesperada.

La atmósfera jovial se disipó como la niebla bajo el sol de la mañana.

La sonrisa de Will se apagó en sus labios. Frankie se quedó paralizada a mitad del gesto, con los ojos muy abiertos.

—Tener siete hijas...

—Es una terrible desgracia, padre, ya lo sabemos —interrumpió Will, poniendo los ojos en blanco.

—...es un gasto —terminó él.

Frankie cruzó los brazos y se hundió más en el sillón.

—Eso también lo sabemos.

La expresión de su padre se suavizó.

—Me duele decir esto, pero ya no puedo mantenerlas a todas con tanta comodidad. Aunque he hecho todo lo posible para que disfrutéis de una vida variada y culta, esta próxima temporada será la última.

Georgiana clavó la mirada en las gastadas tablas de madera bajo sus pies. Su padre era abogado de muchas familias distinguidas y había logrado, gracias a conexiones bien cultivadas, darles una vida que pocas chicas de campo podían esperar: presentaciones a capitanes de grandes barcos, cenas junto a hombres con títulos y vastas propiedades. Por desgracia, la proximidad a la riqueza no era lo mismo que poseerla. Y como era la mayor y dirigía su propio pequeño hogar, Georgiana era mucho más consciente del coste de la comodidad que sus hermanas.

Las miró. De pronto, la vida le parecía frágil.

—He agotado todas las vías para conseguir fondos —continuó su padre—, pero parece que nuestra única solución ahora es el matrimonio. Todas sois ya mayores de edad, y es hora de que cumpláis con vuestros deberes.

—Pero George ya se casó una vez —protestó Will.

Su padre juntó las manos a la espalda y se balanceó ligeramente sobre los talones, evitando la mirada de Georgiana. Ambos sabían que ella no había querido casarse con James y que solo lo había hecho por insistencia de su padre. Era un buen hombre, le había dicho. Con un excelente futuro.

Casi resopló al recordar las mentiras. James no era un buen hombre. Y no tenía futuro. Aunque hubiera sobrevivido al accidente, sus perspectivas no eran ni de lejos tan excelentes como le habían hecho creer; la había dejado con pocos ingresos y aún dependía del apoyo de su padre.

La mirada de su padre finalmente se encontró con la de Georgiana. Ella vio en sus ojos un destello de disculpa.

—Entiendo que esto no es lo que ninguna de vosotras habría deseado. He hecho todo lo posible por cumplir la petición de vuestra madre de que todas tuvierais voz en vuestro propio futuro, pero no tenemos otra opción. Debemos conseguir matrimonios ventajosos para asegurar vuestra seguridad.

Carraspeó.

—No es ningún secreto que la propiedad pasará a vuestro tío...

Frankie se enderezó de golpe.

—¿Te encuentras bien, papá?

Las arrugas de su rostro se suavizaron.

—Por supuesto que sí. Pero no me hago más joven, y todas sabemos que vuestro tío no es el hombre más generoso del mundo.

Will resopló.

—Es el tacaño más miserable que existe.

—No cuidará de vosotras cuando llegue el momento —dijo su padre con un suspiro—. Al fin y al cabo, ¿cómo va a hacerse cargo de siete chicas cuando tiene dos hijos propios?

El nudo en el estómago de Georgiana se tensó ante la idea de verse empujada a otro matrimonio de conveniencia. Cruzó una mirada con sus hermanas que le confirmó que entendían demasiado bien lo que aquello significaba.

—Ya he hecho los preparativos para que todas asistáis a la próxima temporada en Londres —dijo su padre—. Sin embargo, chicas, esta será vuestra última oportunidad.

La habitación quedó en silencio. Georgiana mantuvo la mirada fija en las tablas del suelo, tratando de no imaginar los meses que se avecinaban.

Una mano cálida buscó la suya. Will se la apretó brevemente antes de soltarla. Georgiana alzó la vista y vio a su hermana menor ofreciéndole la más tenue de las sonrisas.

—Maldita sea —murmuró Frankie—. Esperaba ver el debut de Elizabeth Boscastle el año que viene.

Se hundió de nuevo en la silla y se mordió una uña.

—Frankie... —suspiró Georgiana—. ¿No ves lo grave que es esto? No tendremos más oportunidades de encontrar marido. Es todo. Nuestra última oportunidad.

—Oh. —La mano de Frankie cayó en su regazo—. No se me había ocurrido.

A medida que la realidad calaba en ellas, Georgiana supo que sus vidas estaban a punto de cambiar, quisieran o no. Tenían una

sola Temporada para encontrar maridos adecuados.

Y si fracasaban, el futuro que les esperaba era realmente sombrío.

∞∞∞

—¿Casadas? —Los ojos castaño oscuro de Theo se abrieron de par en par mientras miraba a sus hermanas.

Will torció el gesto al ver las huellas de barro que salían de la puerta de la cocina.

—¡Theo! Por Dios. ¿Has pisado todos los parterres al entrar?

Theo bajó la vista hacia sus botas.

—Solo las partes interesantes.

Frankie gimió.

—La señora Dolan te va a matar.

—¿Papá está enfadado?

Georgiana apartó una silla de la mesa del comedor y se dejó caer en ella. Cogió una manzana del cuenco que descansaba sobre el delicado encaje del centro y le dio un mordisco feroz, como si pudiera desahogar toda su frustración con la pobre e inocente fruta.

Frankie se dejó caer en la silla junto a Georgiana y recogió las piernas hacia sí. Sin pedir permiso, se inclinó y le dio un mordisco a la manzana de Georgiana.

—Frankie —protestó Georgiana, aunque sin mucha convicción.

Frankie sonrió mientras masticaba alegremente.

—No está enfadado —dijo Georgiana con la boca llena—. Solo desesperado.

Theo fue hasta la ventana que daba al jardín, pasando junto a la chimenea, y apoyó los puños cerrados en el alféizar.

—Sabe que no puedo encontrar marido en una sola Temporada. Dios mío, ya he pasado tres y no he despertado el más mínimo interés.

Will cruzó la habitación y le puso una mano en el hombro a Theo.

—Quizá esta sea la buena. Quizá esta vez encuentres el amor.

Theo resopló.

—Ni siquiera sé si la idea del amor me interesa.

Frankie negó con la cabeza.

—Me da igual lo que diga papá. Nunca he querido casarme, y desde luego eso no va a cambiar esta Temporada.

Georgiana las miró una por una, invadida por un sentimiento de protección e impotencia a partes iguales. El espíritu poco convencional de Theo la convertía en un enigma para los pretendientes, Will nunca se conformaría con nada menos que el amor verdadero, y Frankie nunca había mostrado el más mínimo interés en el romance. Al menos por ahora Gus, Jessie y Freddy eran demasiado jóvenes para que nadie se preocupara de empujarlas al matrimonio, ya que ninguna de ellas mostraba tampoco interés por el sexo opuesto.

—¿Y tú, George? —preguntó Theo—. Seguro que no estás de acuerdo con que nos obliguen a casarnos, ¿verdad?

—Papá no nos obligaría —dijo Georgiana con cautela—. Pero no se equivoca. Ninguna de nosotras tiene el futuro asegurado. Ni siquiera yo.

—Al menos tú tienes una casa —señaló Frankie.

—Una casa que no puedo mantener sin la ayuda de papá.

Will se estremeció.

—No se va a morir pronto.

Frankie se volvió hacia Georgiana.

—No puedes querer casarte de nuevo. Dijiste que nunca lo harías después de James.

Georgiana asintió. Era cierto. La habían arrastrado al compromiso después de solo tres encuentros, con sus objeciones ahogadas entre tanta charla sobre la conexión entre las dos familias. Una sola Temporada no bastaba para conocer a un hombre. No bastaba para atarse a él de por vida. Ya había probado el matrimonio una vez, y le había enseñado todo lo que deseaba aprender. James se había encargado de eso. No podía imaginar soportar años con un hombre que había disfrutado haciéndola sentir insignificante.

O con nadie, en realidad. Después de toda una vida dedicada a vivir y cuidar de una familia enorme, disfrutaba bastante de su propia compañía.

—Tengo un plan —dijo de repente.

—Ooh —Frankie se inclinó hacia delante—. Cuéntanos.

—Como viuda respetable, tengo más libertad que el resto de vosotras.

—No es que a Theo la haya frenado nunca estar soltera —murmuró Will.

—Soy sensata —dijo Theo con recato—. La mayor parte del tiempo.

—A menos que cuentes lo del manzano —añadió Frankie.

—Tenía once años.

Georgiana continuó.

—Puedo prescindir de carabina esta Temporada.

—Eso no te ayuda a encontrar marido —dijo Frankie.

—No —coincidió Georgiana—. Pero sí me permite encontrar un benefactor.

—¿Un benefactor? —Will frunció el ceño—. ¿Por qué alguien...?

—Un hombre pagaría por mantener a su amante.

La palabra *amante* resonó por el comedor. Georgiana respiró hondo. Había ido dando forma a este plan desde que se dio cuenta de las exigencias que haría su padre. Solo ahora se había permitido asentarlo del todo. El corazón se le aceleró ante la mera idea.

Y sin embargo...

Encontrar un soltero que necesitara compañía. Asegurar su futuro. Aprender lo que significaba tocar y ser tocada.

Era perfecto. Había leído libros y gacetillas de escándalos, había visto el dinero que una amante de categoría podía ganar, sabía que existían contratos, protecciones. Si tenía éxito, podría controlar su futuro —y el de sus hermanas— con facilidad.

—Estás loca —dijo Theo con un hilo de voz.

—Soy viuda —respondió Georgiana—. Padre no tendrá más remedio.

Will negó con la cabeza.

—Pero el escándalo. Y ser... comprada por un hombre. —Se mordió el labio inferior—. No me gusta la idea de que pertenezcas a alguien, George.

—Tendría cuidado. Elegiría al hombre adecuado —argumentó Georgiana. Bajó la vista hacia la manzana que tenía en la mano y la giró ligeramente—. Alguien cuya compañía pudiera disfrutar. Alguien con dinero. Me aseguraré de ser discreta y de que, por supuesto, todas vosotras estéis casadas primero, si así lo deseáis.

Theo resopló.

—Como si alguna de nosotras fuera a encontrar marido a tiempo para que tu escandaloso plan resuelva todos nuestros problemas.

Se hizo el silencio. Entonces Frankie suspiró.

—Bueno. Si alguien puede llevar a cabo semejante plan, eres tú. Eres la más guapa de todas y también tienes mejores modales. —Ladeó la cabeza y observó a Georgiana—. Podrías ser como la señora comosellame, que extorsionó a todos esos hombres poderosos y amasó una fortuna.

Georgiana se rio.

—¡No pretendo tener cientos de amantes!

—Cierto —dijo Frankie—. No tienes experiencia para eso.

—He leído libros —dijo Georgiana con calma—. Y tengo una solución.

Frankie se inclinó hacia delante.

—¿Qué solución puede haber si solo estuviste casada dos días?

—Solo necesito lecciones. —Georgiana tragó saliva. Esto era casi peor que admitir que pretendía convertirse en la amante de alguien.

—Oh, sí —dijo Frankie con sequedad—. Preséntate en la escuela y seguro que estarán encantados de enseñarte todo sobre el arte de ser una amante.

—Tengo un tutor en mente.

Will se tapó los oídos con las manos.

—Me parece que soy demasiado joven e inocente para oír esto. No pretenderás entregar tu cuerpo a un desconocido, ¿verdad?

A Georgiana se le aceleró el corazón.

—No a un desconocido, no...

—¿Entonces a quién? —preguntó Frankie.

—Os lo haré saber si dice que sí.

Theo sonrió de oreja a oreja.

—Me gusta bastante. Es como un experimento.

—Supongo que no hay forma de disuadirte. —Frankie se recostó y cruzó los brazos.

—No la hay. —Georgiana levantó la manzana a modo de brindis hacia sus hermanas—. Voy a forjar mi propio futuro y, desde luego, no me casaré esta temporada.

Capítulo Dos

—Se acabó el brandy —declaró Rafe al aire mientras se tumbaba con cuidado en el sofá. Hizo una mueca cuando el dolor de cabeza que llevaba toda la mañana intentando ahuyentar volvió a retumbar en su cráneo.

—Solo cerveza —murmuró, y cerró los ojos.

—Sospecho que es más la cantidad, milord, y no la bebida en sí.

Entreabrió un ojo para fulminar al mayordomo con la mirada más despiadada que pudo.

—¿Qué sabrás tú, Burton? Tú nunca bebes.

Burton dejó una bandeja con té y un plato de tostadas sobre el aparador, acercó una mesita al sofá y volvió a coger la bandeja para ponerla al alcance de Rafe.

—¿Le sirvo, milord?

Rafe sopesó el esfuerzo que le supondría y asintió levemente.

—Asegúrese de comer las tostadas, milord —ordenó el mayordomo—. Le ayudarán a absorber el alcohol.

—Ya *he tenido* alguna que otra resaca en mi vida, Burton.

—Hace tiempo que no, milord.

Era cierto. Y Rafe se arrepentía sinceramente de haberse dejado llevar. Había pasado la mayor parte de su vida siendo imprudente solo consigo mismo. Por desgracia, el título había hecho mucho más difícil fingir que sus actos no afectaban a nadie.

Con un hondo suspiro, Rafe se incorporó y cogió la taza de té, esperando que le aliviara la cabeza. Mientras sorbía el líquido caliente, no pudo evitar preguntarse cómo sobreviviría a la próxima Temporada si ya no aguantaba la bebida. Solo se había dado a beber

con tanta fiereza para escapar del tedio de uno de los primeros eventos de la Temporada, y este año iba a ser mucho peor ahora que había heredado el título.

Justo entonces, el timbre resonó por toda la casa.

Rafe gimió.

Burton salió a toda prisa y regresó con una tarjeta en una bandeja de plata.

—Tiene visita, milord.

Rafe hizo un gesto con la mano.

—Que se vaya.

—Es la señora Georgiana Berry.

Rafe dejó la taza en la bandeja con parsimonia y se pasó una mano por la cara. Normalmente, siempre tenía tiempo para la familia Darling. Su casa estaba a un par de millas de la suya, y el señor Darling había ayudado enormemente a Rafe cuando surgieron algunos problemas con el testamento del difunto duque. Todas sus hijas se habían preocupado de visitarlo tras el fallecimiento de su padre.

Especialmente Georgiana.

Respiró hondo, se levantó del sofá y se pasó una mano por el pelo.

—¿Estoy presentable?

—Un poco perfumado, Su Excelencia.

—¿Perfumado?

—El alcohol.

—Maldición.

Se palpó los bolsillos, deseando tener encima una pastilla de menta. El sabor mentolado nunca fallaba a la hora de disimular los excesos de la noche anterior.

—Quizá si mantiene una distancia prudente, Su Excelencia, todo irá bien —sugirió Burton.

—Sí. Buena idea.

—¿Hago pasar a la Señora Berry?

Rafe suspiró.

—¿Por qué no?

Se enderezó la chaqueta e intentó recomponerse lo mejor que pudo, con la esperanza de que su resaca no resultara demasiado evidente para los ojos perspicaces de la señora Berry. Indicó a Burton que la hiciera pasar y se inclinó en una reverencia cuando ella entró en la estancia.

—Buenos días, señora Berry —dijo Rafe—. ¿A qué debo el placer de su visita?

Georgiana entró con expresión resuelta. La mayor de las hijas del señor Darling siempre se conducía con aplomo, pero Rafe tenía la clara impresión de que algo se ocultaba tras su educada fachada. Sus conversaciones a lo largo de los años nunca habían ido mucho más allá de lo superficial, pero había momentos en que ella se reía o empezaba a rebatir algo antes de contenerse, y eso le hacía estar seguro de que no la conocía del todo.

Se aclaró la garganta con delicadeza antes de hablar.

—Buenos días, Su Excelencia. Gracias por recibirme —comenzó Georgiana con un leve temblor en la voz—. C-confío en que se encuentre bien.

Rafe arqueó una ceja.

—Igualmente, señora Berry. ¿Va todo bien? Supongo que su familia no estará en apuros.

—No, no. Bueno, no exactamente. No en apuros como tal, pero... —Enredó los dedos en los cordones de su ridículo y suspiró hondo—. Voy a decirlo sin más. Soltarlo y... ya está, y...

—¿Señora Berry? —la instó, señalando la silla.

Georgiana negó con la cabeza y tragó saliva. El gesto hizo que él reparara en que llevaba un escote mucho más pronunciado de lo que jamás le había visto. Era tan distinto de su habitual recato que sospechó de inmediato que se había vestido con un propósito.

—Verá... mi intención esta Temporada es conseguir un benefactor.

Por un momento, Rafe olvidó por completo su dolor de cabeza. —¿Un benefac...? —Se encontró con su mirada oscura y seria, y entonces cayó en la cuenta—. No querrá decir...

—En efecto.

Rafe miró al lacayo e inclinó ligeramente la cabeza. El hombre salió de la estancia con rapidez y sigilo.

Rafe volvió a centrar su atención en la señora Berry, que miraba fijamente la alfombra a sus pies. De pronto, lo que tenía ante sí ya no parecía tanto una proposición escandalosa como una mujer que se había obligado a afrontar sola una conversación incómoda.

—Espere.

Levantó una mano.

—No se referirá a mí, ¿verdad?

—Oh, no.

Soltó una risa leve, y, muy a su pesar, Rafe se sintió aliviado.

Naturalmente, cuando uno pensaba en Rafe De Montford, nadie lo imaginaba conformándose con una sola mujer, ni siquiera como amante. Aunque eso ya no era del todo cierto. Actualmente, se había conformado con un total de cero mujeres.

Pero la Señora Berry tenía razón en encontrarlo divertido. Él nunca había sido de los que perdían el tiempo preocupándose por si una amante quería que volviera a casa o si debía comprarle más joyas.

—¿Puedo preguntar, eh, exactamente por qué quiere convertirse en, eh, amante?

Ella apretó los labios y luego lo miró directamente a los ojos.

—Sé que respeta a mi familia y que será discreto.

—Por supuesto.

—Mi padre está empeñado en que todas nos casemos para asegurar nuestro futuro.

—Lo entiendo.

—No deseo casarme.

—Eso también lo entiendo.

Aunque Rafe tenía el horrible presentimiento de que tendría que olvidarse de su querida soltería ahora que era duque.

—Pero mi padre no se equivoca al querer que mi futuro, y el de mis hermanas, esté asegurado.

—Así que imagina que si encuentra un *benefactor* rico que la mantenga, no tendría que casarse.

—Y quizás mis hermanas tampoco tendrían que hacerlo.

—Ya veo.

Rafe asintió, algo asombrado de lo civilizada que estaba resultando la conversación. No todos los días una mujer respetable le confesaba su deseo de convertirse en amante. Y desde luego no Georgiana Berry, que siempre había parecido la personificación de la decencia.

Entendía el dilema del señor Darling. Aunque la familia era respetable, mantener a tantas hijas debía de salir caro, y él querría verlas bien situadas.

Aunque sospechaba que la mayoría habría esperado que Georgiana simplemente aceptara su destino en lugar de buscar una solución por su cuenta.

Ignoró el dolor de cabeza que volvía a instalarse en la frente y señaló la silla de nuevo.

—Quizás deberíamos sentarnos para esto.

—Solo tengo que hacerle una pregunta, Su Excelencia.

—Supongo que puedo averiguar si hay alguien que busque una, eh, amante.

Rafe la miró fijamente. De todas las cosas que había esperado que Georgiana Darling le pidiera, esta no figuraba ni de lejos.

Mentalmente, repasó las cualidades que Georgiana podría ofrecer a un hombre. Atractiva, amable, inteligente en cuanto uno lograba traspasar su frustrante formalidad, y con cierta tendencia a discutir, lo cual para Rafe era una ventaja. El problema era que ella parecía no ser consciente del poder que le conferían esas cualidades, ni de la facilidad con que el hombre equivocado podría aprovecharse de su confianza.

—No necesito que encuentre un hombre para mí, Su Excelencia.

Georgiana levantó la barbilla y enderezó los hombros.

—Lo que realmente necesito de usted son lecciones.

—¿Lecciones? —repitió, preguntándose si la resaca lo estaba volviendo más espeso de lo habitual.

—Sí —dijo ella—. Lecciones.

Acortó la distancia entre ellos hasta quedar a apenas unos pasos de él.

—Lecciones de seducción, para ser exactos.

Rafe parpadeó varias veces, asimiló las palabras y se desplomó en el sofá.

Capítulo Tres

El deseo de huir le crispó los dedos de los pies dentro de sus zapatos color pervinca. Le ardían las mejillas y se arrepentía de haberse vestido de forma tan escandalosa ese día. La idea era mortificante. Había pasado años enorgulleciéndose de su dignidad, y ahí estaba, intentando deliberadamente parecer deseable. Un libertino de la calaña de Rafe De Montford habría visto mucho más que un escote bajo en su vida.

Por eso era perfecto para esto.

Se obligó a dejar de juguetear con su ridículo y le clavó la mirada más pragmática de la que era capaz.

—El hecho es, Su Excelencia...

—Nos conocemos desde hace tiempo suficiente para dejar las formalidades —dijo él con un suspiro cansado.

Parecía cansado, en realidad. Tenía ojeras y una arruga en la frente que ella no había notado antes. No era que Rafe fuera especial ni que le llamara la atención de forma particular. Por supuesto que no. Era solo que ella tenía tendencia a estudiar y observar a los demás. Le resultaba mucho más fácil entender cómo debía actuar en cada momento si se tomaba su tiempo.

Sin embargo, ninguna de sus observaciones la había preparado para pedirle a un duque escandaloso que la ayudara a comprender las cosas que una esposa debía saber sin que nadie se las enseñara jamás.

—Rafe —dijo, casi sorprendida de su propia audacia—. Sé que has llegado a apreciar a mi familia a lo largo de los años, y nosotras sentimos lo mismo por ti...

—No veo cómo mi aprecio pueda extenderse a lecciones de... seducción... —La voz se le quebró ligeramente y se pasó una mano por el rostro.

Ahora reparó en la barba incipiente de su mandíbula. Realzaba el corte fino de esta, añadiendo un atractivo rudo a su apariencia. Siempre había sabido que Rafe era atractivo, por supuesto. Simplemente era más fácil ignorarlo cuando no era más que el vecino que bromeaba con sus hermanas y discutía con su padre.

Y, por supuesto, estaban esos brazos fornidos que nunca había visto sin chaqueta. No podía dejar de fijarse en cómo se le marcaban contra la camisa cada vez que se movía.

¿Practicaría boxeo quizás? ¿O algún otro deporte? Georgiana nunca había tenido el valor de preguntárselo.

Tal vez si llegaban a conocerse mejor, lo descubriría.

Georgiana no pudo evitar que la mirada se le demorara en sus brazos unos momentos más antes de recuperar la compostura.

—Entiendo que esto es sumamente irregular, y no me habría acercado a usted con semejante proposición si no estuviera convencida de su discreción y amabilidad —comenzó, haciendo una mueca al oír su propio tono suplicante—. Simplemente busco orientación en el arte de la atracción, con la esperanza de asegurar un futuro para mí y mis hermanas sin las restricciones del matrimonio.

—Cuando dices orientación, ¿qué quieres decir exactamente? No soy precisamente un experto en el arte de atraer hombres.

—Pero eres un hombre —dijo ella—, y sabes lo que quieren los hombres, y yo... —Tragó saliva—. Bueno, soy inexperta.

—Eres viuda.

—Una viuda cuyo marido murió antes de poder enseñarme, bueno, absolutamente nada.

Él negó con la cabeza, mirándola como si hubiera perdido el juicio.

—¿De verdad te refieres a lecciones de seducción? ¿Lecciones reales, físicas?

Solo pudo asentir.

—Absolutamente no —dijo él con firmeza—. Ni hablar.

Ya no había rastro de diversión en su expresión. Solo preocupación.

Ella abrió la boca y volvió a cerrarla cuando él continuó.

—Es una idea terrible, Georgiana, y además escandalosa.

Le gustaba cómo sonaba su nombre en los labios de él, descubrió.

Pero eso no era importante ahora.

Georgiana cuadró los hombros, negándose a dejar que la decepción se colara en su voz.

—Entiendo tus reservas, pero piénsalo como una transacción comercial, si eso te tranquiliza.

Rafe se puso en pie, recordándole lo alto que era en comparación con ella. El deseo de escabullirse solo fue vencido por la extraña necesidad de alargar la mano y atraerlo hacia sí. Pensar en Rafe como algo más que un hombre con el que había pasado tiempo cortésmente a lo largo de los años le había provocado algo extraño. Ahora no podía evitar imaginar qué tipo de cosas podrían hacer que fueran de todo menos corteses.

Era natural, suponía. Era una mujer adulta con necesidades que habían quedado insatisfechas en su breve matrimonio. Sabía que había mucho más por descubrir y tal vez fuera egoísta, pero también quería saber qué se sentía al ser algo más que una viuda respetable.

—¿Qué esperas ganar exactamente con esas supuestas lecciones? —preguntó Rafe, arqueando una ceja.

—Deseo aprender a cautivar la atención de un hombre, a ejercer el poder de mi feminidad sin comprometer mi independencia —explicó Georgiana, recordando el discurso que había ensayado frente al espejo en casa—. Busco conocimientos y habilidades que me permitan desenvolverme en las complejidades sociales del cortejo y asegurar un futuro próspero para mí y mis hermanas. Un hombre no querría hacerse cargo de una mujer con toda la experiencia de una inocente.

Él exhaló un largo suspiro y negó lentamente con la cabeza.

—Lo siento, Señora Berry, pero no puedo hacer tal cosa. Le ruego que aparte esta idea de su mente. Debe de haber otra manera.

Así que había vuelto a ser la señora Berry. A Georgiana se le cayó el alma a los pies.

—Lo he pensado detenidamente y no la hay.

Rafe dio un paso atrás y se puso las manos a la espalda; su postura no dejaba rastro de suavidad ni de simpatía.

Había anticipado su reticencia, pero una pequeña chispa de esperanza había seguido latiendo en su corazón. Ahora parecía que esa esperanza se había extinguido, dejando tras de sí una sensación de resignación.

—Muy bien, Su Excelencia —dijo con compostura forzada—. Entiendo su posición y no insistiré más en el asunto.

La expresión de Rafe se suavizó ligeramente ante su aceptación.

—Agradezco su comprensión, Señora Berry. De verdad desearía que hubiera otra forma de ayudarla.

Georgiana le ofreció una pequeña sonrisa tensa.

—Encontraré otra solución, esté tranquilo. Quizás alguien más pueda ayudarme. Le agradezco su tiempo.

Se giró rápidamente, con la esperanza de que él no viera la humillación que le ardía en las mejillas.

—¿Alguien más? —lo oyó exclamar mientras salía precipitadamente de la habitación, sobresaltando al lacayo que esperaba junto a la puerta.

Con la cabeza gacha, salió de la señorial mansión hacia el aire fresco, que recibió con alivio. Había corrido un riesgo y había fracasado, pero no pensaba darse por vencida. Habría muchos otros hombres dispuestos a instruirla en las artes del placer físico. Solo tenía que averiguar quiénes.

Georgiana hundió la cabeza para protegerse de la brisa que le alborotaba los rizos y murmuró una maldición. Se había dejado el sombrero y los guantes con el mayordomo.

—No importa —se dijo. Siempre podría comprarse otro sombrero. Lo último que quería era volver a ver a Rafe, sobre todo

ahora que sabía que había confundido la amabilidad de él con algo más.

Capítulo Cuatro

Hubo un tiempo en que Rafe agradecía el calor sofocante del salón de baile, el roce de los pies contra el suelo y el enérgico abanicarse de las jóvenes damas que se afanaban por ganarse su favor.

Ahora eran las mamás de la *alta sociedad* las que se apresuraban, empujando a sus jóvenes hijas hacia él para captar la atención del duque. Siempre había sabido que el título traería consigo una pesada carga de responsabilidades, pero había esperado tener más tiempo para prepararse.

Más tiempo para olvidar.

La prematura muerte de su hermano y su padre lo había obligado a asumir la responsabilidad de otra alma humana mucho antes de lo esperado, y no estaba preparado.

Rafe, sencillamente, no estaba ni de lejos preparado, maldita sea.

Sonrió con cortesía cuando la señora Frampton y su hija, demasiado joven para su gusto, se acercaron, y fingió que lo reclamaban al otro lado del salón. Se abrió paso hacia el Capitán Devine, que esbozó una sonrisa burlona al verlo.

—Su Excelencia —dijo, haciendo una profunda reverencia.

—Tú no.

—Se llaman modales, Rafe. Deberías probarlos alguna vez.

—Llevo aquí apenas quince minutos y ya he recibido más reverencias y zalamerías de las que he soportado en mis más de treinta años de vida.

—Pues deberías agradecerlas.

Elias señaló con la cabeza al grupo de mujeres que rondaban cerca, prestando especial atención a Rafe.

—Hasta un soldado ignorante como yo sabe que un duque debe casarse.

—No pensaba elegir esposa en los primeros minutos del primer baile de la temporada —murmuró Rafe.

Jonathon soltó una carcajada y le dio una palmada en la espalda a Rafe.

—Pues ve acostumbrándote, viejo amigo. La *alta sociedad* no descansará hasta encontrarte una duquesa adecuada.

Rafe suspiró y paseó la mirada por el salón de baile.

—Una esposa me vendría bien.

Elias lo miró fijamente.

—Espero que sea algo más que eso.

—Dirigir la finca solo no es tarea fácil. Mi madre se ha ofrecido a regresar de Italia, pero no pienso permitirlo. Es demasiado doloroso para ella.

Rafe hizo una mueca.

—Además, no queda bien que un hombre necesite que su madre venga corriendo a casa, ¿verdad?

—Así que de verdad necesitas una esposa.

—Supongo que sí.

—Vaya, vaya —murmuró Elias, mirando por encima del hombro de Rafe—. Ahí tienes tu solución.

—¿Solución?

—Ella —Elias señaló con la cabeza hacia la entrada del salón —. Una mujer impresionante, y no demasiado joven ni inexperta, por lo que parece.

Rafe no logró oír el anuncio entre el bullicio de las conversaciones y el minueto, pero la reconoció al instante.

Aunque apostaría a que más de uno no la reconocería.

Georgiana Berry era una figura deslumbrante enfundada en un púrpura intenso que se ceñía a cada curva. Un velo vaporoso en un tono similar centelleaba bajo la luz de las velas y se arremolinaba a su alrededor al moverse. El elegante recogido de su cabello y su

forma de caminar hicieron que Rafe no pudiera evitar recorrerla con la mirada de arriba abajo.

¿Ya había encontrado a alguien que le diera lecciones? ¿Era eso lo que explicaba el llamativo vestido y aquel caminar sensual?

—Espera —dijo Elias—. ¿No es tu vecina?

Rafe no dijo nada. Estaba demasiado ocupado intentando averiguar qué hombre engreído había asumido el papel de instructor.

—Sí, lo es.

Elias señaló con la cabeza a las otras tres damas, seguidas por el señor Darling.

—Esas son las hermanas menores. Parece que la Señora Berry está disfrutando de su viudez.

Rafe cerró el puño. Por lo visto, la ropa algo más atrevida con la que le había hecho aquella proposición no era más que un adelanto.

Tras unos momentos con sus hermanas, se separó de su familia. Rafe la observó mientras cruzaba el salón hacia la mesa de la limonada.

—Está causando sensación —murmuró Elias, dándole un codazo a Rafe—. Mira.

Apartó la mirada de Georgiana y reparó en los muchos hombres que la observaban. Resultaba casi bochornoso lo evidentes que eran sus congéneres. Seguían cada uno de sus movimientos como aves de presa listas para abalanzarse.

Y él no era mucho mejor.

—Debería... —se interrumpió y frunció el ceño—. ¿Es el marqués de Thornbury el que se acerca a ella?

Elias sonrió con sorna.

—Nunca pierde el tiempo, ¿eh?

Georgiana era viuda esta temporada. Una conquista cantada. Y tuviera o no a alguien enseñándole, Thornbury se aprovecharía de todos modos.

Mientras Thornbury se acercaba a Georgiana, Rafe apretó la mandíbula con tanta fuerza que se sorprendió de no haberse partido un diente. Solo pensar en que un canalla como Thornbury la

cortejara le hacía hervir la sangre. Aquel hombre era conocido por desechar mujeres como quien tira un pañuelo usado.

Observó con los ojos entrecerrados cómo Thornbury se inclinaba para susurrarle algo al oído y Georgiana se tensaba.

Sin pensarlo dos veces, Rafe se excusó ante Elias y cruzó el salón a grandes zancadas. Ignorando las miradas curiosas y las cejas enarcadas a su paso, llegó junto a Georgiana justo cuando Thornbury alcanzaba su lado.

—Señora Berry —dijo Rafe con un seco gesto de cabeza, satisfecho de lo firme que sonó su voz.

Georgiana se volvió hacia él con un destello de sorpresa en los ojos antes de recomponerse.

—Su Excelencia —lo saludó, frunciendo levemente el ceño.

Thornbury lanzó a Rafe una mirada desdeñosa antes de volverse hacia Georgiana con una sonrisa encantadora.

—Mi querida señora Berry, qué placer volver a verla. ¿Me concedería el honor de escoltarla en un paseo por el salón?

—Lo siento, Thornbury, pero el próximo baile ya está comprometido, ¿verdad, señora Berry?

—Yo, eh... —alternó la mirada entre ambos y asintió con vehemencia—. Sí, así es.

—Acaba de entrar en el salón —Thornbury frunció el ceño y miró el carnet de baile que colgaba de su brazo enguantado—. No veo ninguna marca en su carnet.

—Sin embargo, la Señora Berry me prometió el primer baile de la temporada —dijo Rafe con una sonrisa, tomándola del brazo justo cuando anunciaban el baile.

Ni siquiera necesitaba darse la vuelta para saber que Thornbury probablemente lo estaba fulminando con la mirada.

—Mantente alejada de Thornbury —susurró.

—Me permito señalar que fue él quien se acercó a mí.

—Tiene cierta reputación. Le aconsejo que tenga cuidado con él.

Georgiana le lanzó una mirada de soslayo y asintió mientras ocupaban su lugar entre los demás bailarines.

La música los envolvió; la luz de las velas bañaba los rasgos de Georgiana con un resplandor que provocaba en Rafe una extraña turbación. Mientras se movían por la pista de baile, algo salvaje y posesivo le arañaba el pecho. Cada hombre que osaba mirar a Georgiana se convertía en un enemigo.

Los dedos de Rafe se cerraron involuntariamente en torno a los de ella, y cuando sus miradas se cruzaron, captó ese destello de incertidumbre bajo su sonrisa ensayada, la ligera tensión en la mandíbula que la delataba. Quería protegerla con su cuerpo, llevársela lejos de aquella guarida de depredadores que no podían ver lo que él veía: no solo la seda púrpura y el elegante peinado, sino a la mujer que había debajo, que merecía mucho más que ser la conquista de cualquier hombre.

—¿Debemos agradecer a tu, eh, maestro el elegante atuendo de esta noche? —preguntó mientras giraban el uno alrededor del otro.

—No, a mis hermanas, en realidad. Theodosia, aunque no lo creas, está muy interesada en la moda francesa.

Intentó imaginarse a la menor de las hermanas hojeando dibujos de alta costura francesa en lugar de escarbar en la tierra o asistir a una conferencia científica, y le resultó difícil. Había excavado muchos metros del terreno de la finca en busca de tesoros.

—Entonces, ¿no tienes ningún... maestro?

—Todavía no.

Todavía no. A Rafe no le gustó la respuesta. Significaba que no había abandonado su temerario plan.

Significaba que seguía buscando un hombre que le enseñara.

Y a Rafe no se le ocurría un solo hombre en la sala al que quisiera ver cerca de ella.

∞∞∞

Georgiana se preparó para la inevitable mirada de desdén o lástima de Rafe. Pero cuando alzó la vista, se le cortó la respiración. Las pupilas de él estaban dilatadas y oscuras, la mandíbula

firmemente apretada. Sabía que Rafe era un hombre de talante jovial, alguien con quien jamás compartiría más que conversaciones intrascendentes. Pero a pesar de su reputación, no creía haber sido tonta al acudir a él en busca de ayuda. Él respetaba a su familia y habría sido discreto.

Al marcharse sin maestro, se había sentido una tonta.

Ahora no sabía qué sentía.

—Entonces, ¿a quién tienes pensado proponérselo exactamente?

Ella parpadeó y fijó la mirada en el hombro de él mientras pasaban el uno junto al otro.

—Tengo una lista.

—Una lista, cómo no.

—¿Se te ocurre algo mejor?

—Sí. Abandonar este plan por completo. Es peligroso. No puedes garantizar ni la discreción ni tu seguridad con la mitad de los hombres de este salón.

—Qué pobre opinión tienes de tu sexo.

—No pobre. Solo realista —murmuró.

—Entiendo los riesgos, Su Gracia. Pero no puedo quedarme de brazos cruzados y dejar que la sociedad dicte mi futuro. Quiero aprender, experimentar... más.

Georgiana jamás podría esperar que un hombre como el duque de Ashford comprendiera semejante necesidad. A él no le imponían restricciones: no había clubes en los que no pudiera entrar, ni horas del día en las que no se le permitiera salir; no temía caminar por ciertas partes de Londres ni viajar solo. Incluso había ido a la guerra. Ella no le envidiaba haber presenciado la batalla, pero sí envidiaba la libertad de elegir luchar por su país si así lo deseaba.

Había pocas opciones para mujeres como ella, sin la fortuna ni el linaje necesarios para comprar su libertad. Convertirse en amante no era algo con lo que hubiera soñado jamás. Sin embargo, la idea sí le provocaba cierta excitación cuando imaginaba lo que podría experimentar en los brazos de un hombre.

O al menos así *había sido.*

Cuando las manos de Rafe se entrelazaban con las suyas, o el cuerpo de él rozaba el de ella, un cosquilleo de anticipación la recorría. No podía negar lo atractivo que era, ni la facilidad con que su cuerpo respondía a él. Incluso en los años previos de su trato, se había sentido atraída por él, pero los futuros duques no se casaban con hijas de procuradores, y él jamás había mostrado más que un interés cortés en ella, de modo que había descartado la atracción por considerarla una tontería.

Por desgracia, la idea de recibir lecciones de los otros hombres de su lista no despertaba sensaciones semejantes.

Él carraspeó cuando volvieron a acercarse.

—Eres una mujer inteligente...

—¿Cómo lo sabes?

—Sé lo suficiente.

La idea de que él la observara y analizara, de que pudiera tener acceso a sus pensamientos y acciones, le provocó un revoloteo en el estómago.

—Y sé que sufrirías en manos de otros hombres.

—¿Sufrir? —Negó con la cabeza—. Por el amor de Dios, Su Gracia, simplemente les estoy pidiendo que... bueno, ya sabe. Estoy segura de que hay varios hombres dispuestos a aceptar un acuerdo discreto sin pensar en hacer nada indebido.

—Ninguno de ellos es lo bastante bueno para ti.

Lo dijo con brusquedad, el ceño fruncido.

—¡No pretendo casarme con ellos! —Echó un vistazo a los demás bailarines y bajó la voz—. Y no eres mi padre, ni mi hermano, ni ningún pariente varón. No creo que te corresponda a ti decidir si alguien es lo bastante bueno para mí.

—No me gusta, Georgiana.

Quizá le resultara atractivo oír su nombre en labios de él, pero no le gustaba que intentara darle órdenes. Sin embargo, sus advertencias estaban surtiendo efecto, maldita sea. A pesar de su determinación de buscar un tutor y explorar un mundo más allá de los confines de las convenciones sociales, una inquietud se instaló en su interior. Los hombres de su lista de pronto le parecían

desconocidos, sus intenciones turbias y sus reputaciones cuestionables.

—No tienes por qué aceptarlo —dijo al fin—. No es asunto tuyo.

Terminaron el baile en silencio. Georgiana no podía evitar lanzarle miradas furtivas a Rafe, a pesar de lo irritada que estaba con él, y notó que los ojos de él se demoraban en ella con una mezcla de preocupación y algo que no lograba identificar. El contacto de sus manos era firme pero delicado, y la guiaba por los pasos del baile con una gracia que desmentía su ceño fruncido.

Se separaron hacia sus respectivos lados cuando las últimas notas resonaron por el salón. Ella hizo una reverencia cortés, le lanzó una última mirada que le aceleró el corazón y se escabulló entre la multitud.

Estaba harta de que le dictaran lo que tenía que hacer. Harta de esforzarse siempre por actuar correctamente. Su matrimonio habría sido una desdicha si su marido no hubiera muerto, y su vida jamás habría sido suya. Nadie, ni su padre ni mucho menos Rafe, volvería a decirle lo que debía hacer.

Capítulo cinco

Rafe cerró de un portazo la puerta de su casa, con más fuerza de la necesaria. El mayordomo se sobresaltó, pero sabiamente no dijo nada y se limitó a ayudarle a quitarse el abrigo antes de retirarse a una distancia prudencial.

El calor opresivo del salón de baile aún se le pegaba a la piel, mezclado con el aroma a perfume y humo de velas. Pero peor que eso era el recuerdo de *ella*.

Georgiana.

Envuelta en seda púrpura oscura, riendo educadamente ante las bromas de otros hombres mientras ellos la devoraban con la mirada. El sonido de su voz, la curva de sus labios al decir *«Todavía no»* cuando él le preguntó si había encontrado un maestro... le quemaba como veneno.

Se dirigió al estudio con paso firme, tirando de la corbata como si lo estuviera estrangulando, y la arrojó sobre el escritorio. El fuego se había consumido hasta quedar reducido a brasas, proyectando largas sombras por la habitación. Perfecto para rumiar, y rumiar era precisamente lo que pensaba hacer.

Que Dios lo ayudara, se estaba volviendo loco.

Rafe se sirvió un brandy, lo levantó a medio camino de los labios y se detuvo. No. Hoy no. Necesitaba tener la cabeza despejada, y el alcohol solo lo hundiría más en pensamientos que no se atrevía a pensar. Con un gruñido, dejó la copa intacta y se dejó caer pesadamente en la silla tras el escritorio. El escritorio era un campo de batalla de correspondencia. Echó un vistazo rápido a las cartas acumuladas en apenas unos días: informes de los administradores de las fincas, solicitudes de patrocinio y

contribuciones benéficas, una carta con la delicada letra de su madre que aún no había leído, e incluso una nota del ama de llaves pidiéndole que confirmara los menús de la semana. No tenía valor para decirle a la señora Dolan que su maravillosa cocina se desperdiciaba con él, y que habría estado igual de contento comiendo tostadas con mantequilla.

Hundido en la silla del estudio, cogió la carta de su madre. Hablaba un poco de Italia y mencionaba regresar a casa para ayudarle, pero Rafe sabía que no lo haría si podía evitarlo. Su dolor aún era demasiado reciente, y pasar tiempo en cualquiera de las casas familiares resultaba demasiado doloroso para ella. Su pequeña familia se había partido por la mitad hacía apenas un año. Vivir rodeada de los recuerdos de su hijo y su marido no le haría ningún bien, así que le respondería pronto e insistiría en que se quedara donde estaba.

Rafe posó la mirada en la última línea. *Debes pensar en la familia ahora, querido muchacho. Búscate una buena esposa. Alguien que te ayude a sobrellevar la carga. Me preocupa que estés solo.*

Su madre tenía razón. Necesitaba una duquesa. No solo por las apariencias, aunque las apariencias importaban en un mundo donde la percepción podía derribar a un hombre con la misma certeza que una bala de mosquete.

Una duquesa significaba estabilidad. Una duquesa era una compañera para gestionar las interminables obligaciones sociales de su rango. Una duquesa significaba herederos, para asegurar que el linaje Montford continuara sin la sombra de la incertidumbre.

Una duquesa significaba tener a alguien a su lado por las noches, alguien que le sostuviera la mano cuando llegaran las pesadillas. Rafe se pasó una mano por la cara.

Nunca había querido esto, nunca lo había esperado.

Siempre se había dado por hecho que sería su hermano. Rafe lo sabía desde que pudo pronunciar la palabra deber. Pero perder a su hermano y a su padre en aquel maldito naufragio de un solo golpe lo había empujado al título antes de estar preparado. Ahora el maldito mundo entero parecía esperar que sonriera, bailara y

representara el papel del duque perfecto mientras salvaba discretamente sus propiedades en ruinas y mantenía una reputación impecable. Solo era un maldito soldado. No un duque.

Se reclinó en la silla, con la mirada fija en las brasas. El matrimonio *era* la respuesta lógica. Una joven bonita y de buena cuna que no le exigiera nada al corazón.

Alguien dócil. Alguien segura.

Alguien que no fuera Georgiana.

Apretó la mandíbula cuando la imagen de ella surgió de nuevo ante él, sin quererlo.

El destello de obstinación en sus ojos. La curva burlona de su boca cuando lo desafió.

El recuerdo de ella en sus brazos durante el baile, suave y cálida y absolutamente *perfecta*.

Georgiana era la tentación en persona. Y era peligrosa.

No solo porque despertaba en él sentimientos que ninguna otra mujer había provocado jamás, sino porque caminaba directamente hacia la ruina con su maldito e insensato plan de tomar un amante en lugar de un marido.

Había visto cómo Thornbury la miraba esa noche: la sonrisa calculadora del marqués, el brillo hambriento en sus ojos. Thornbury destrozaría su reputación y la descartaría sin pensárselo dos veces.

La idea de que Georgiana recurriera a un hombre como ese, de que cualquier otro la tocara, la *enseñara*, le hacía hervir la sangre de furia. Cerró los puños sobre el escritorio.

Que Dios lo ayudara, quería protegerla. Y que Dios lo ayudara aún más, porque quería *hacerla suya*.

Unos golpes en la puerta lo sobresaltaron. Su mayordomo, Burton, apareció en el umbral, sereno como siempre pese a la tormenta de emociones que se arremolinaba en la habitación.

—¿Puedo traerle algo, Su Excelencia? —preguntó Burton con cautela—. ¿Una bebida caliente, quizá?

—¿Qué tal una esposa?

Los labios de Burton apenas se curvaron, pero la diversión bailó en las arrugas de sus ojos.

—Me he quedado sin esposas, por lo que parece, Su Excelencia. Quizá la señora Dolan tenga alguna.

Rafe resopló y luego se detuvo.

—En realidad...

—Era una broma, Su Excelencia.

Burton negó con la cabeza.

—La señora Dolan puede preparar un pastel digno de palacio, pero no una esposa.

Rafe ignoró el comentario sobre las habilidades reposteras de la señora Dolan. Desde que esta había entrado a su servicio, no había podido evitar notar que la cintura de Burton se ensanchaba un poco. No es que importara: Burton podía permitirse el peso extra. Cuando lo conoció en el campo de batalla, el hombre era tan escuálido que podía desaparecer detrás del cañón de un mosquete.

—No —dijo Rafe—. Pero la señora Dolan tiene algo que yo no tengo.

—¿Y eso es?

—Chismes.

—Puedo asegurarle que la señora Dolan jamás comparte nada sobre Su Excelencia.

Rafe hizo un gesto con la mano hacia Burton y tomó una hoja de papel y una pluma. —Todo lo que sale de esta casa seguro que es de lo más aburrido últimamente. Sin embargo, la señora Dolan sabrá quién busca marido este año y quién podría ser adecuada para el papel de duquesa. —Miró a Burton mientras mojaba la pluma en el tintero—. Tú conocerás a algunas, seguro.

—Yo nunca cotilleo, Su Excelencia.

Rafe se rio al ver la expresión tensa de Burton.

—No, pero siempre escuchas. Venga, suéltalo, Burton. ¿Quién crees que sería una buena duquesa esta temporada?

La mandíbula del mayordomo se tensó y luego suspiró.

—Bueno, está lady Adeline Woolwich. Es sensata, aunque algo ratón de biblioteca, y de buen ver.

—Excelente. —Escribió lady Adeline—. Ratón de biblioteca pero de buen ver —murmuró—. ¿La siguiente?

—¿La señorita Lily Turner? —sugirió Burton—. Un poco del montón y se ríe mucho, pero viene de una familia excelente y dicen que está más que dispuesta a casarse.

Rafe la anotó.

—¿Quién más?

Burton frunció los labios.

—Está lady Elsa Jennings.

—Recuérdamela.

—Pelirroja.

A Rafe le gustaban las pelirrojas. Intentó recordar a una Elsa pelirroja, pero no lo consiguió, así que negó con la cabeza.

—Es muy joven. Este año hace su debut en sociedad.

Probablemente por eso no la recordaba. Las jóvenes que aún no habían debutado solían pasarle desapercibidas.

—Demasiado joven.

—Pero inteligente y, por lo visto, madura para su edad.

Rafe la anotó a regañadientes, pero rezó para no tener que acabar casándose con una jovencita de dieciocho años.

—¿Alguien más?

—No se me ocurre nadie en este momento, Su Excelencia, pero seguro que la señora Dolan tendrá más nombres para su lista en breve, aunque...

—¿Aunque?

—Bueno, la Señora Berry es una viuda respetable y, según la señora Dolan, busca marido este año.

Rafe apretó los dientes. Al menos los chismosos aún no se habían enterado de la verdad.

—Es amiga suya, ¿no es así, Su Excelencia?

—Sí —respondió tenso.

—Y atractiva e inteligente.

—Lo es.

—Por no hablar de que viene de una familia respetable. Y es más de su edad.

—En efecto.

—¿No va a añadirla a la lista?

Rafe mojó la pluma y añadió su nombre lentamente, detestando cada trazo de cada letra mientras Burton observaba con atención.

—No olvide poner atractiva e inteligente.

—Sí, sí.

—Respetable —añadió Burton.

—Ya lo sé.

—Además se llevan bien, y ella fue un gran apoyo para usted y su madre después de...

—Ya lo sé, Burton —espetó Rafe.

Burton se encogió de hombros.

—No puede negar que es una buena candidata, Su Excelencia. —Una leve sonrisa asomó a sus labios—. Yo sí que la veo como duquesa.

Pues Rafe no. Solo podía verla del brazo de algún canalla que la usaba para su propio placer y nada más. Dejó la pluma antes de partirla en dos.

—No se me ocurre ningún defecto —añadió Burton.

Salvo que Georgiana había dejado claro que no quería casarse. Su descabellado plan de convertirse en amante descartaba cualquier posibilidad de hacerla su esposa.

—Eso es todo por esta noche, Burton.

El mayordomo asintió y salió de la habitación caminando hacia atrás. Cuando la puerta se cerró, Rafe añadió en letras grandes NO SIRVE COMO ESPOSA junto al nombre de Georgiana.

Ya estaba. Lo tenía escrito negro sobre blanco. Georgiana nunca sería su esposa y lo que ella hiciera no era asunto suyo. Ahora solo tenía que quitársela de la cabeza y concentrarse en encontrar a alguien que de verdad quisiera ser su esposa.

Si Burton y la señora Dolan estaban en lo cierto, eso sería pan comido.

Rafe apartó la lista empujándola al otro lado de la mesa. Ya estaba. Prácticamente ya la había olvidado. Ahora solo tenía que pasar el resto de la temporada imaginando esas palabras flotando sobre su cabeza e ignorando sus intentos de encontrar un instructor.

Fácil.

Rafe se pellizcó el puente de la nariz y acercó la licorera de brandy arrastrándola por la mesa.

—Tan fácil —murmuró mientras se servía una copa bien cargada.

Capítulo seis

Georgiana se escabulló detrás de un grupo de palmeras en macetas en el borde del salón de baile; el aire se volvió más fresco en cuanto se alejó del calor de un centenar de velas encendidas y recibió la brisa que entraba por la ventana abierta cercana. Abrió el abanico de golpe y lo agitó con vigor frente al rostro mientras respiraba hondo varias veces.

Encontrar un tutor era más difícil de lo que parecía. Para empezar, implicaba bailar con más hombres que nunca y, además, resultaba más complicado de lo esperado decidir si un hombre era adecuado. Al fin y al cabo, no era el tipo de conversación que pudiera tenerse en un salón de baile abarrotado.

Si Rafe no la hubiera rechazado, todo esto sería mucho más fácil.

Georgiana pensó en la lista de posibles tutores que llevaba guardada en el corpiño y suspiró. Por capricho, había añadido a Rafe al final. Una tontería, la verdad. Seguía enfadada con él por comportarse como una especie de hermano protector y entrometerse cuando había dejado patentemente claro que no la deseaba. Vamos, que el hombre no podía pretender las dos cosas a la vez.

La música había pasado a una contradanza, apenas audible por encima del murmullo de las conversaciones y el taconeo de las botas de los bailarines. Alguien —probablemente el propio Rafe— había atraído a lo más granado de la concurrencia lejos de la periferia, dejando un pasillo de relativa soledad entre los helechos y las puertas laterales que daban a la terraza. A través de un arco,

podía ver la fila de hombres junto a la ponchera y el centelleo de los vestidos cuando las mujeres pasaban.

Le dolían los pies, las horquillas le tiraban del pelo, y apenas llevaba dos horas de lo que prometía ser una noche muy larga.

Aún estaba recuperando el aliento cuando percibió, más que vio, movimiento en las sombras junto a ella.

El señor Archer, por supuesto. Tenía que ser el señor Archer. Poseía el peculiar don de saber siempre cuándo una mujer estaba sola, y esa noche había estado rondando el salón con la paciencia de un buitre. Antes de enviudar, lo habrían descrito como *elegible*, pero ahora simplemente estaba *necesitado*. Su segunda esposa había muerto la primavera pasada en circunstancias que hicieron arder los mentideros de la ciudad. La pobre mujer se había precipitado desde lo alto de la escalera y el forense lo había calificado de trágico accidente. La *alta sociedad*, con su imaginación más vívida, lo consideró una advertencia.

—Señora Berry —dijo arrastrando las palabras, e inclinó la cabeza con un gesto que pretendía ser galante, dejando a la vista el ralo cabello gris de su coronilla—. Qué afortunado encuentro. Esperaba poder hablar con usted.

Georgiana compuso el rostro en una máscara de cortés neutralidad.

—Señor Archer. ¿Disfrutando de la velada?

Él se inclinó hacia ella y el tufo a alcohol le inundó la nariz.

—No tanto como me gustaría. Cada vez que me daba la vuelta, veía a Thornbury o a Montford acaparándola. Temía que la hicieran bailar hasta caer rendida antes de que yo tuviera ocasión.

Apoyó el codo en el ancho borde de la maceta y la miró con el aire de quien se cree irresistible.

En otro tiempo lo había sido, supuso ella. Con su fortuna y su antigua buena planta, su primera esposa debió de estar encantada de atraparlo. Pero el atractivo se había marchitado, y la fortuna no bastaba para tentar a muchas mujeres a un matrimonio arriesgado, por muy desesperadas que estuvieran.

Ella esbozó una sonrisa quebradiza.

—Qué generoso por su parte preocuparse por mi constitución, señor.

—Desde luego. Y vaya constitución.

La recorrió con la mirada —lenta, deliberadamente— desde el vestido hasta las zapatillas y de vuelta, como si estuviera tasando la mercancía.

Georgiana flexionó los dedos; el pulso le latía desbocado en la garganta.

—¿Suele acechar entre los helechos en busca de mujeres?

Su sonrisa se ensanchó.

—Solo a las más interesantes. Es rara la mujer que puede presumir de eclipsar a todas las debutantes del salón, pero usted... ah, perdóneme, pero hay que decirlo... está desperdiciada entre tantos necios melindrosos.

—Encantador —replicó ella—. Veo que la viudez no le ha embotado el ingenio.

—En absoluto, señora Berry. De hecho, me encuentro más decidido que nunca a apreciar las cosas refinadas. El tiempo es precioso, ¿sabe?

Se acercó más, hasta que la seda de la manga de ella rozó la lana de la levita de él.

—He oído que busca marido.

—Le han informado mal.

—Es natural, supongo. Tiene una edad en la que podría quedarse para vestir santos, y no se puede confiar en que su padre cuide de usted y de sus hermanas el resto de sus días.

Georgiana se tensó. No debería haberse sorprendido. Era el tipo de hombre que decía esas cosas sin tapujos. Pero aun así se le encendieron las mejillas.

—Señor Archer...

Él continuó:

—Permítame aconsejarla, señora Berry. Una cosa es ser admirada, y otra muy distinta ser perseguida por hombres de dudosa reputación. El marqués de Thornbury, por ejemplo...

Hizo una pausa, como esperando confirmación.

—Es un depredador. Lo sabe, ¿verdad?

Tuvo que contenerse para no poner los ojos en blanco.

—Me parece, señor, que solo hay un hombre que me ha seguido esta noche.

Él se rio.

—Touché. Pero seguro que ve la diferencia. No tengo necesidad de atraer a mi presa con palabras melosas. Hablo claro, y mis intenciones son siempre honorables. Thornbury, en cambio, dirá cualquier cosa... prometerá cualquier cosa... con tal de conseguir lo que quiere.

Ella retrocedió un paso, girando el cuerpo hacia la luz del arco para quedar a la vista del salón de baile.

—¿Y qué es lo que quiere usted, señor Archer?

La boca de él se torció.

—Solo advertirla. Y quizás, si es lo bastante sensata como para evitar a hombres como Thornbury, ofrecerle mi protección.

Extendió la mano hacia la de ella, pero Georgiana la apartó y aferró el abanico con ambas manos, como si pudiera servirle de arma. La voz de él descendió hasta casi un susurro.

—No querrá acabar convertida en un escarmiento, señora Berry.

Georgiana sopesó, por un instante rebelde, la posibilidad de darle un golpe en la nariz con el abanico y salir corriendo. En lugar de eso, sonrió con dulzura y dijo:

—Gracias por su preocupación, señor. Pero le aseguro que nunca he necesitado la protección de ningún hombre, y no pienso empezar ahora.

Él se acercó más y alargó la mano; los dedos le rozaron el hombro y descendieron hasta la piel desnuda por encima del guante. El contacto fue breve —nada que pudiera verse desde la pista de baile—, pero bastó para que ella se apartara de un respingo, con la bilis subiéndole a la garganta.

—Es una invitación —dijo él, con la voz de pronto íntima—. Podría irle mucho peor que ser mi esposa, señora Berry. Yo la trataría mucho mejor de lo que Montford o Thornbury lo harían jamás. Y tendría su independencia, dentro de lo razonable.

—Si vuelve a tocarme sin mi permiso, señor Archer, no seré tan cortés. Y ahora, si me disculpa, mi hermana me necesita...

La amenaza pareció divertirle. Se adelantó con rapidez y le cortó el paso hacia el salón de baile. —¿Para qué vestirse así, si no quiere que la miren?

La pregunta la golpeó, y por un instante se vio a sí misma como él debía verla: atrevida, sola y lo bastante desesperada como para arriesgarlo todo por una pizca de poder en un mundo de hombres. Esa certeza no le produjo vergüenza, sino repugnancia.

Georgiana lo fulminó con la mirada. —Quizá me vestí para recordarles a hombres como usted que no pertenezco a nadie. Y que jamás perteneceré.

Archer se irguió. Una leve sonrisa le crispó los labios antes de encogerse de hombros. —Supongo que hay mujeres que prefieren morir solas antes que rendirse.

Se hizo a un lado, recuperando su falsa cortesía.

—Puede ir junto a su hermana, señora Berry.

Se volvió como para marcharse, pero se detuvo y la miró por encima del hombro.

—Hablo en serio sobre Thornbury. Le hará lamentar lo que sea que cree querer de él.

Georgiana dejó que el silencio se extendiera entre ellos hasta que la música del salón volvió a elevarse y la oleada de invitados que regresaban se lo tragó.

Esperó, contando cinco respiraciones pausadas, antes de salir de su refugio entre la fronda. El altercado con el señor Archer solo había confirmado lo que ya sabía: preferiría rechazar a cien hombres como Archer antes que dejarse atrapar por los planes de ningún otro.

Sin embargo, el encuentro también la había dejado temblorosa, y necesitaba un momento para recobrar el ánimo. Irguió los hombros, salió de detrás de los helechos y abandonó el salón de baile hacia una antesala en penumbra, donde cerró la puerta y disfrutó del silencio unos instantes. Hombres como Archer no la doblegarían. Ni tampoco las exigencias de la sociedad. Tendría su futuro, bajo sus propias condiciones o no lo tendría.

Capítulo Siete

Rafe observó a Georgiana desaparecer entre la multitud mientras una sensación de inquietud se asentaba en lo más profundo de su pecho. Sabía que debía dejarlo correr, permitirle tomar sus propias decisiones y vivir con las consecuencias. Pero cada fibra de su ser le gritaba que la protegiera, que la resguardara de los peligros que acechaban en las sombras de la sociedad londinense.

A medida que avanzaba la noche, su percepción de ella no hacía sino agudizarse. Cada estallido de risa que escuchaba, cada susurro de seda, cada murmullo de admiración masculina le hacía pensar en ella. Verla sonreír a otro hombre era como sentir una mano apretándole la garganta.

No se quedaría de brazos cruzados mientras Georgiana se ponía en riesgo. Con pasos decididos, se abrió paso entre la multitud de invitados hasta que la vio escabullirse discretamente del salón de baile, con las faldas susurrantes mientras avanzaba a toda prisa por un pasillo en penumbra.

La siguió a distancia, con el corazón desbocado. Ni siquiera sabía qué le diría cuando la alcanzara, solo que no podía dejarla desvanecerse en la noche con algún libertino sin nombre.

Una puerta se cerró suavemente más adelante. Rafe apretó los dientes. Había pocas razones para que una mujer buscara privacidad en un baile, y ninguna de ellas le sentaba bien. ¿Se estaba reuniendo con un amante?

Solo pensarlo le nubló la visión con una ira ardiente y posesiva. *Por encima de mi cadáver*.

Empujó la puerta con fuerza y el panel golpeó contra la pared. La única lámpara del interior proyectaba un círculo de luz

dorada sobre la pequeña antesala.

Georgiana se giró bruscamente, con los ojos muy abiertos, y se llevó una mano al pecho.

—Rafe, ¿qué estás...?

Él la interrumpió al avanzar hacia ella y aplastarla contra la pared con su cuerpo. Ella contuvo el aliento y alzó la barbilla para sostenerle la mirada, con los ojos entrecerrados.

Desafiándolo.

Dios, se estaba volviendo loco.

—No puedes irrumpir aquí sin más, Rafe —dijo ella en tono casi burlón. No estaba asustada: era intrépida. Audaz.

Que Dios lo ayudara.

—Puedo —replicó él secamente, lanzando una mirada a la puerta cerrada antes de volver a centrar su atención en ella—. Cuando desapareces en medio de un salón de baile abarrotado.

—¿Desaparecer? —Ella soltó una risa suave e incrédula—. Entré en una habitación vacía. Difícilmente un crimen.

—Tú no haces nada sin una razón.

—Cuidado. Eso suena a que crees conocerme.

Él se acercó más, lo suficiente para que el calor del cuerpo de ella traspasara el espacio que los separaba.

—Sé que tienes un plan. Y sé —su mandíbula se tensó— que no huyes a menos que estés huyendo *hacia* algo.

Ella mantuvo las manos a los costados y él las vio cerrarse en puños con el rabillo del ojo.

—Y dime, ¿qué imaginas exactamente que estoy buscando?

El silencio se extendió. Él escrutó su rostro, retándola a apartar la mirada.

—Respóndeme —exigió.

—No te debo nada, Su Excelencia.

Dios, cómo odiaba esa formalidad.

Se echó hacia atrás ligeramente para darle toda oportunidad de alejarse. Cuando ella permaneció obstinadamente en su lugar, él levantó una mano hacia su garganta y la dejó descansar donde el pulso de Georgiana latía trémulo bajo sus dedos. Donde un amante podría besar.

—¿Estás esperando a un amante, Georgiana? —dijo con voz queda. Dejó que su pulgar ascendiera hasta deslizarse justo bajo el labio inferior de ella. Los labios de Georgiana se entreabrieron—. ¿Le pediste que te tocara?

Rafe se acercó más, incapaz de resistirse al calor de su piel suave. Su aliento agitó los rizos junto al cuello de ella, que se estremeció.

—Rafe... —fue lo único que logró susurrar.

Apoyó la mano libre en la pared, se presionó contra ella y Georgiana aspiró audiblemente.

—Quizás así. —Apartó la mano del cuello de ella y la deslizó sobre curvas que sin duda estaban diseñadas para llevar a un hombre al borde de la locura.

Demonios, probablemente ya estaba allí.

Especialmente cuando ella se arqueó hacia su caricia.

Con la mirada fija en la de ella, deslizó la mano más abajo hasta sentir la curva de su cadera bajo la seda del vestido.

Cálida, dócil. Perfecta para su firme agarre.

—Quizás querías que te tocara más —le murmuró al oído mientras le agarraba las faldas y se las subía de un tirón.

—Oh. —Las manos de Georgiana volaron a sus hombros y ella echó la cabeza hacia atrás mientras él alcanzaba la piel suave por encima de las medias.

Había un momento y un lugar para esas cosas. Y un ritmo. Un ritmo lento y suave que permitía a una mujer adaptarse.

A Rafe le importaba un bledo.

La tocó.

Los ojos de ella se encendieron. Un suave suspiro escapó de sus labios.

—Ya estás húmeda.

—Sí.

—Necesitabas que te tocaran.

—Sí.

—¿Así? —Trazó círculos con el dedo sobre su clítoris, y el sonido de la respiración entrecortada de ella le envió una oleada de calor por las venas.

—Yo...

—¿O así? —Deslizó un dedo dentro de ella. Georgiana lo deseaba tanto como él.

—Rafe.

La espalda de ella se arqueó contra la pared. Él le llevó la mano a la nuca para sostenerla mientras deslizaba el dedo dentro y fuera.

—Eso es. Di mi nombre. —Presionó más hondo aún.

—Oh, Rafe.

—¿Es esto lo que querías?

Ella asintió, con los ojos fijos en los de él mientras movía las caderas al encuentro de su mano.

—Sí —suspiró.

No pudo evitar la sonrisa burlona que se dibujó en su rostro. Sabía que estaba traspasando los límites —los suyos y los de ella— pero no podía evitarlo. La atrajo más hacia sí mientras su mano continuaba su danza rítmica. Quería oírla decir su nombre de nuevo, quería sentir cómo su cuerpo respondía a él.

—Eso es —la instó con voz ronca y áspera—. Déjame oírte decir mi nombre otra vez.

Georgiana jadeó, con los ojos muy abiertos y llorosos.

—Rafe —gimió mientras sus caderas se arqueaban contra su mano.

Sintió una oleada de triunfo; el placer lo recorrió ante su respuesta. Aumentó el ritmo, penetrándola más profunda y rápidamente con el dedo. La respiración de ella se volvió más entrecortada, sus gemidos más insistentes. Fuera, oyó un golpe en el pasillo. ¿El amante que ella esperaba, quizás? La bruma se rasgó.

Se detuvo y apartó la mano con una última caricia provocadora. Ella dejó escapar un quejido suave, con los ojos entornados y la mirada perdida.

—No.

—¿No qué? —preguntó él.

—No pares.

El deseo de hacerla llegar al éxtasis le hizo apretar los dientes. Rafe podía imaginarlo ahora, mientras el aroma del sexo

impregnaba el aire. El cuerpo tembloroso, los gritos de su nombre cuando alcanzara el clímax.

Pero había venido con un propósito.

—No lo haré —dijo, y ella sonrió—. Si prometes dejar de buscar un maestro.

Su sonrisa se desvaneció. Entornando los ojos, Georgiana irguió la postura.

—¿Así que no me vas a enseñar?

—Te estoy dando una lección, cariño. Una lección de decepción. Parece que la necesitas.

Abrió la boca, la cerró, y le puso ambas manos en el pecho antes de empujarlo. Se alisó las faldas y su mirada se volvió ardiente.

—Siempre supe que no eras un caballero, Rafe, pero no puedo creer que me trates así.

Cerró su mente a las palabras de ella. No podía saber cómo deseaba tratarla en realidad. Cómo, si pudiera elegir, se la llevaría de allí y se aseguraría de que nunca tuviera una preocupación en el mundo. Adoraría su cuerpo cada maldita noche y le daría todo lo que su corazón deseara.

No podía ser.

—El mundo es duro, Georgiana, y esos hombres de ahí fuera —señaló con el pulgar hacia el salón de baile— no son mejores. Tienes que mantenerte alejada de ellos.

—Me parece, Rafe De Montford, que la única persona de la que debo mantenerme alejada eres tú.

Pasó junto a él sin siquiera mirar atrás y salió furiosa de la habitación, cerrando la puerta de un portazo.

Rafe se quedó con un dolor en el pecho, el olor de ella en los dedos y un momento que nunca olvidaría. Golpeó la pared con la palma de la mano; el escozor no bastó para borrar el recuerdo de la calidez de su cuerpo. Había cometido un error. Uno grande. Porque no solo le había dado aún más razones para buscar un tutor, sino que se había permitido un pequeño y dulce sabor de Georgiana, y sospechaba que nunca volvería a ser el mismo.

Capítulo Ocho

Georgiana había dormido muy poco, aunque cuando vio a Rafe sospechó que él no había dormido en absoluto.

La distinción importaba. El suyo había sido un duermevela inquieto, interrumpido a partes iguales por la irritación y el recuerdo. El de él —a juzgar por su estado— había sido algo más cercano a un castigo.

Supo que la estaban siguiendo mucho antes de permitirse reconocerlo.

No era solo el sonido de los cascos —Hyde Park nunca estaba en silencio a esa hora—, sino la familiar tensión entre los hombros, esa conciencia que nada tenía que ver con la razón y todo con el recuerdo. Fijó la mirada al frente, la sombrilla apoyada bajo el brazo, la postura lo bastante rígida como para sugerir determinación en lugar de huida.

No miró atrás.

No necesitaba hacerlo.

Rafe De Montford siempre había poseído un talento exasperante para la presencia. Llenaba los espacios sin esfuerzo. La noche anterior solo había agudizado ese conocimiento. La pared contra la espalda. La mano de él —demasiado firme, demasiado segura— en la garganta. La vergüenza de ser abandonada. La vergüenza mucho peor de desear más.

Alargó el paso. Dos pasos completos por delante de sus hermanas. No lo bastante para abandonarlas. Lo bastante para dejar claro su mensaje.

—¡Su Excelencia!

La voz de Wilhelmina resonó, brillante y encantada, y Georgiana estuvo a punto de echarse a reír.

Por supuesto que Will lo saludaría como si fuera un viejo amigo y no la causa de su noche en vela, del dolor en los miembros y del corazón furiosamente desbocado. Aminoró el paso a regañadientes porque negarse solo provocaría una escena, y lo último que necesitaba esta temporada era llamar la atención de forma indeseada.

Para cuando se volvió, él ya se había apeado.

Tenía un aspecto —se permitió esta pequeña y cruel satisfacción— completamente desastroso. Una barba oscura le ensombrecía la mandíbula, el abrigo le colgaba como si se lo hubiera echado encima sin mirarse, y las ojeras bajo los ojos no había apostura que pudiera disimular.

Bien, pensó. Que sufra.

Sus hermanas lo rodearon de inmediato. Will sonrió como si él fuera el mismísimo sol. Frankie lo evaluó con fría precisión. Theo apareció de pronto a su lado aferrando algo fangoso y fibroso que Georgiana esperaba sinceramente que no estuviera vivo.

Las dejó parlotear. Centró la atención en el sendero, en mantener la respiración acompasada.

—George —la llamó Frances—, estás caminando demasiado rápido.

Georgiana exhaló por la nariz y les permitió alcanzarla.

Rafe se puso a su lado. Demasiado cerca. Siempre demasiado cerca. Ella no lo miró.

—Si me lo permite —dijo él en voz baja—, unas palabras. A solas.

Casi se rio del descaro. La última vez que habían estado a solas, él había hecho lo impensable.

Qué fastidio que deseara que lo hiciera de nuevo.

Antes de que pudiera objetar, Will ya le había dado un golpecito en el brazo y le había guiñado un ojo.

—Venga, George, ve. No nos alejaremos mucho.

Frankie asintió.

—Le doy media hora antes de que Theo se aburra y os interrumpa.

—Convocaré a los agentes de Bow Street —añadió Theo con solemnidad— si no regresas.

Traidoras. Todas ellas.

Caminaron en silencio. Sintió la mirada de él sobre ella y se obligó a respirar con calma.

—Anoche…

—…es mejor dejarlo ahí —dijo ella, deteniéndose en seco y volviéndose para mirarlo—. Tu opinión quedó perfectamente clara. No hace falta repetirla, Su Excelencia.

Él dio un respingo. Ella sintió una pequeña y mezquina satisfacción.

—No me llames «Su Excelencia» —dijo él.

—¿Cómo quieres que te llame? —preguntó ella—. Eres duque. El mundo lo exige.

—Que el mundo se vaya al infierno.

La brusquedad de su tono la sobresaltó a pesar de sí misma. Le escrutó el rostro en busca de arrogancia, prepotencia, cualquier cosa que justificara su ira.

En cambio, encontró arrepentimiento. Sin adornos. Sincero.

—Me comporté de forma abominable —dijo él—. En mis palabras. En mi conducta. Al creer que tenía algún derecho.

Se le cerró la garganta de la forma más inoportuna.

—Pensaste que era una tonta —dijo ella.

—Nunca —dijo él de inmediato—. Pensé que eras audaz. Temeraria. Y… —Se interrumpió y se pasó una mano por el pelo—. No soporto la idea de que te pongas en manos de otro hombre. Ni siquiera para… instrucción.

Ahí estaba. La verdad. Una verdad posesiva que debería haberla irritado. ¿Acaso no había puesto en marcha todo su plan para recuperar el control? Y sin embargo, ahí estaba ella, deleitándose con sus palabras exigentes. Quizá sí era una tonta.

Soltó una risa breve.

—¿Y a ti qué te importa?

—No reclamo autoridad —dijo él—. Solo sentimientos.

Ella pasó de largo y siguió caminando. Él la siguió.

—Lo haré —dijo ella con voz neutra—. Con o sin tu bendición. Puedes juzgarme. Puedes sermonearme. Pero no me detendrás.

Él se adelantó y le bloqueó el paso.

—Londres está lleno de hombres que se aprovecharían de ti.

Georgiana puso los ojos en blanco. ¿Acaso no había oído ya ese discurso, cuando él la había dejado sonrojada y avergonzada?

—¿Y tú eres tan distinto? —le espetó ella—. Anoche…

—Lo sé —dijo él con voz ronca—. Que Dios me ayude, lo sé.

Extendió la mano hacia la de ella, vaciló y luego solo le rozó los dedos. A pesar de los guantes, el contacto le provocó una descarga.

—Entonces deja que sea yo —dijo él—. Si alguien ha de enseñarte, que sea yo.

Semejante audacia le robó el aliento. Le escrutó el rostro en busca de cálculo o triunfo y no encontró ninguno. En cambio, encontró algo peligrosamente cercano a la sinceridad.

—¿Y tus condiciones? —preguntó ella.

—No acudas a otro —dijo—. Confía en mí.

¿Confiar? Después de lo de anoche, ¿podía realmente confiar en él? Suspiró para sus adentros. Apenas comenzaba la temporada, pero era corta y ella seguía sin experiencia. Lo que Rafe había despertado en su cuerpo la noche anterior no se le iba de la cabeza, y le había hecho comprender lo profunda que era su inexperiencia. Necesitaba un tutor y, a pesar de todo, no había nadie en quien confiara más que en Rafe.

Tras un largo momento, asintió.

—Muy bien. Pero no volverás a jugar conmigo.

Los labios de Rafe se curvaron.

—No lo sobreviviría.

∞∞∞

Para cuando regresaron del paseo y se sentaron todos a desayunar, eran casi las once. Las hermanas de Georgiana ya

estaban inmersas en su caos habitual: Will leyendo en voz alta del Morning Post, Frances corrigiéndola, Theo absorta en un frasco de algo verde y de origen dudoso; pero Georgiana apenas podía prestar atención.

—Y aquí dice que lady Chadwick perdió cien libras a los dados en una sola noche. ¿Cómo es que aún no está en la prisión de deudores?

Los ojos azules de Will brillaban con el deleite de quien saboreaba los desastres ajenos casi tanto como sus propios sueños románticos.

Frankie, a su lado, no levantó la vista de sus huevos.

—Porque sus acreedores son más listos que tú, Wills. Saben que mañana por la noche se lo ganará a algún pobre incauto.

Clavó el tenedor en el plato con tal fuerza que Georgiana temió por la delicada vajilla.

—Si vas a recitar las noticias, al menos incluye la parte política.

Will le sacó la lengua.

—Como si tú leyeras algo que no fueran cartas al director, Frankie. Deberías escribir la tuya, con la cantidad de quejas que envías sobre el servicio de correos.

—¿Eso es... —Frankie entrecerró los ojos— agua de estanque, Theo?

—No es de estanque. Es del Serpentine —dijo Theo sin levantar la vista—. Estoy probando si puedo mantener viva esta lenteja de agua una semana para observar su reproducción.

Frankie parpadeó.

—Fascinante.

Will sonrió y le lanzó una servilleta.

—Algún día hará fortuna dando conferencias sobre lentejas de agua.

—George, estás notablemente... ¿cuál es la palabra?

Will hizo una pausa y chasqueó los dedos.

—Colorada. ¿A que sí?

—Yo diría roja —añadió Frankie—. Muy roja.

Georgiana dio un sorbo a su té y esbozó una leve sonrisa.

—Pues muchas gracias.

No les había contado nada de Rafe: ni su disculpa, ni el acuerdo al que habían llegado, ni cómo la había tocado la noche anterior.

Frankie se inclinó hacia delante.

—Vamos, cuéntanos qué te dijo Rafe en el parque. Llevas callada desde entonces.

Georgiana tragó saliva y miró su comida intacta.

—Él... bueno... ha aceptado ser mi tutor.

Theo arrugó la nariz.

—¿Cómo se enseña siquiera la seducción? ¿Como la esgrima o la química?

A Georgiana casi se le fue el aire.

—De forma práctica, supongo —dijo Frankie—. Con demostraciones. Más te vale tomar notas.

Will negó con la cabeza.

—No me puedo creer que vayas a hacer esto, George.

Georgiana dio otro sorbo a su té. Ella tampoco podía creerlo del todo. Una cosa era pensarlo como un plan sólido, y otra muy distinta dar los pasos para que se hiciera realidad.

Theo la miró.

—¿Es seguro? ¿Y si el duque quiere... algo innombrable?

Georgiana dejó la taza.

—Él hizo su oferta. La aceptaré, pero en mis términos.

Will negó con la cabeza.

—Siempre fuiste la más sensata de todas, George. Supongo que sabrás lo que haces.

Frankie la miró fijamente, con los labios apretados en un gesto sombrío.

—Solo prométenos que andarás con cuidado.

Georgiana sonrió levemente.

—Esa es mi intención.

Hizo un gesto hacia la mesa.

—Ahora comed antes de que se enfríe.

La orden de la hermana mayor surtió el efecto esperado. Tras años de recibir órdenes de Georgiana, todas volvieron a comer, leer

y contemplar agua de estanque, mientras Georgiana se obligaba a beber el té e ignorar el latido constante en su interior, ese que no la dejaba olvidar que estaba a punto de embarcarse en lo más audaz que había hecho en su vida.

Y o la salvaría a ella y a sus hermanas, o la conduciría a su perdición.

Capítulo nueve

Rafe permanecía en el centro de su biblioteca, con las manos entrelazadas a la espalda, intentando aparentar compostura ducal mientras todos sus nervios estaban en tensión.

La luz del sol de la tarde se colaba por los huecos de las pesadas cortinas, invadiendo en silencio la quietud de la estancia. El tenue olor a puros añejos y cuero gastado flotaba en el aire y le traía recuerdos de su padre.

Negó con la cabeza. Elegir reunirse con Georgiana allí había sido un acto deliberado. La habitación no invitaba precisamente a la seducción. Era un lugar sensato. Un lugar donde pensaba en la familia. Un lugar donde podría mantener el control.

Rafe dejó escapar un largo suspiro.

Ojalá pudiera mantener las apariencias. Esperar su llegada lo estaba volviendo loco.

Volvió a pasear. Sentarse había resultado intolerable. Había intentado leer un libro, pero las palabras se negaban a quedarse quietas, se difuminaban como si conspiraran contra él. Había intentado ensayar algo que decir, pero se había quedado en blanco.

Ella había acudido al hombre equivocado para esto. Lo sabía. Lo había sabido desde el momento en que le presentó su descabellada idea. Sí, había seducido a mujeres antes. Demonios, disfrutaba enormemente de su compañía. Las mujeres le ofrecían algo que los hombres no podían darle, y después de su tiempo en la guerra, elegiría cenar con una mujer antes que pasar una noche en el White's sin pensárselo dos veces. Pero sus recientes problemas de sueño no le permitían llevarlas a la cama últimamente. Su juvenil manera de acostarse con mujeres había quedado muy atrás.

Pero nada de eso importaba. Lo único que importaba era que la estaba salvando de la ruina. La estaba salvando de hombres que no dudarían en tomar lo que ella ofrecía sin dar nada a cambio. Quizás después de unas cuantas «lecciones» cuidadosamente dosificadas, ella vería lo absurdo de su plan y lo abandonaría por completo.

La idea de que ella fuera la amante de otro hizo que algo punzante se le retorciera en el pecho.

Se debía a su historia con las chicas Darling. Tenía que ser eso. Había disfrutado del tiempo con su familia en su juventud, antes de que la guerra despojara al mundo de su dulzura. Cuando su posición en la sociedad importaba mucho menos. Y ellas habían correspondido a su amistad con la suya propia, llevándole comida y consejo cuando la mitad de su familia desapareció de la noche a la mañana.

Les debía mucho.

A mitad del mismo circuito inútil por la habitación, la puerta se abrió con un chasquido.

Rafe se detuvo en seco, con los talones juntos, como si lo hubieran pillado en alguna travesura juvenil.

Georgiana entró.

Llevaba un vestido azul pálido. Bastante inocente, de no ser por cómo se ceñía a su cuerpo y realzaba una figura en la que él nunca había dedicado tanto tiempo a pensar. El cuello del vestido estaba abotonado hasta arriba, su postura era serena.

Pero la inquietud hacía titubear su sonrisa.

—Su Excelencia —dijo ella.

No le sostuvo la mirada. Buena señal. Quizás había cambiado de opinión.

—Señora Berry.

Ella misma cerró la puerta, con los dedos demorándose en el pestillo una fracción más de lo necesario.

—¿El señor Burton será discreto?

—Completamente. Y seremos todo lo discretos que podamos esta temporada. No querríamos que la *alta sociedad* notara nada inapropiado.

Ella asintió.

Se quedaron de pie, sin que ninguno hiciera ademán de sentarse, hasta que Rafe cayó en la cuenta, algo tarde, de que él era el anfitrión e indicó con un gesto la silla más cercana a la chimenea. Ella cruzó la alfombra con pasos cautelosos y se sentó.

Solo entonces reparó en el leve temblor de sus manos al entrelazar los dedos en el regazo. Se permitió una sonrisa irónica. No era el mejor comienzo para unas lecciones de seducción.

Se sentó frente a ella, dudando un instante sobre qué postura adoptar. Optó por una formalidad cómoda: erguido, con las piernas ligeramente separadas.

No, resultaba extraño. Se reclinó un poco.

Seguía siendo extraño.

Permanecieron en silencio un rato, hasta que Rafe carraspeó.

—Antes de que, eh, vayamos más lejos, me gustaría saber con precisión qué crees que me estás pidiendo.

Los labios de ella se curvaron levemente.

—¿Desea establecer condiciones, Su Excelencia? ¿Debo firmar algo? ¿Pagarle por horas?

Sonrió a su pesar.

—No. Solo quiero asegurarme de que comprendes lo que estoy dispuesto a dar y lo que no.

Ella ladeó la cabeza.

—¿Y eso es...?

—Puedo aconsejarte —dijo con cautela—. Pero no permitiré que te pongas en peligro.

—No busco un escarceo amoroso, como bien sabes. Pienso ser cautelosa en mi elección. Necesito algo seguro. Alguien en quien pueda confiar.

Santo Dios, qué sombrío sonaba aquello. Georgiana merecía algo mejor.

—Entonces lo que quieres es casarte.

Ella negó enérgicamente con la cabeza.

—No. Jamás.

—Estoy seguro de que podrías encontrar un buen partido sin dificultad.

—Tengo poca fortuna y apenas dote. Pero eso da igual —Georgiana lo miró con audacia—. El matrimonio es una trampa y no tengo intención de caer en ella.

Se contuvo para no pellizcarse el puente de la nariz. No discutió. Muchos hombres pensaban lo mismo; sin embargo, era la elección obvia para una mujer que buscaba protección. No podía evitar preguntarse por qué ella estaba tan rotundamente en contra. Rafe solo podía suponer que su difunto esposo no había mejorado su opinión sobre la institución.

Ella se desabotonó los guantes con parsimonia y los dejó en la mesita junto a su bolso.

—Deseo hablar de sexo —dijo—. En concreto, de qué quieren los hombres.

A él se le escapó una tos ahogada.

—¿Sexo?

—Los dos somos adultos.

Rafe se acomodó en la silla tras el escritorio. Cogió un pisapapeles, lo hizo girar en la mano y lo dejó de nuevo con un golpe seco.

—Los hombres —comenzó— no son tan complicados como crees.

—No creo que sean complicados en absoluto —dijo ella—. Solo quiero hechos. Detalles. Si voy a conseguir un benefactor, como tú dices, al menos debería saber qué se espera de mí.

La observó durante un largo momento. Santo Dios, ¿en qué se había metido?

—¿Y esperas que yo... te lo explique?

Ella asintió.

Se removió en el asiento y se pasó una mano por la boca.

—Algunos dirían que no tiene mucho misterio. Deseo, mecánica, alivio. Otros... —le sostuvo la mirada—. Otros quieren más.

Ella lo observó sin pestañear. —¿Cuál eres tú?

Apartó la mirada, clavándola en un rayo de sol, y se preguntó cómo demonios había acabado allí, respondiendo a semejantes preguntas. —Depende de la compañía.

—Supongo que tienes bastante experiencia.

Rafe sonrió con suficiencia. —Eso dicen.

Se acercó a la repisa de la chimenea y pasó un dedo por el ornamentado reloj. —Explícamelo entonces. ¿Qué quieren los demás?

A ti, estuvo a punto de decir. ¿Cómo podría cualquier hombre *no* desearla?

Rafe hizo rodar el pisapapeles bajo la palma, de un lado a otro, e inhaló profundamente. No tenía ni idea de cómo responder a sus preguntas. No creía haber pensado nunca tan a fondo sobre el sexo.

Al menos, no hasta que la tocó.

—Supongo que, para la mayoría de los hombres, no siempre se trata del acto en sí. Se trata de sentirse deseado. De la ilusión de que la mujer no puede resistirse.

Ella lo meditó un momento. —Así que todo es una actuación.

Se encogió de hombros. —No siempre.

—¿Fue una actuación entonces? ¿La otra noche? —preguntó, incapaz de contenerse.

Le sostuvo la mirada. —No.

La oyó exhalar.

—Crees que necesitas aprender a fingir deseo. No es así. Con la persona adecuada, resultará natural. —Se pasó una mano por la cara—. Dios mío, parezco una madre que intenta aleccionar a su hija.

Ella tensó los hombros. —Olvidas que no tuve madre que me contara esas cosas. Murió cuando nació Freddy.

Maldita sea, qué imbécil.

—Sí. Cierto. Lo siento.

—Pero aun así, no son muchas las madres que les cuentan a sus hijas qué esperar. Tenemos que hablarlo entre nosotras y confiar en que todo salga bien.

—Cierto —repitió él.

—Necesito saber... —Se mordió el labio inferior y entrelazó las manos—. Necesito saber lo práctico. Dónde poner las manos. Qué hacer. Cómo evitar pasar vergüenza.

Apretó la mandíbula. —¿Tienes miedo?

—No del acto. De fracasar.

Dejó el pisapapeles. —Una mujer como tú no puede fracasar. Si el hombre tiene un mínimo de decencia, te guiará.

Georgiana torció la boca. —Esa no ha sido mi experiencia.

La miró fijamente mientras el corazón le daba un vuelco violento. —Quieres decir...

Asintió brevemente. —Mi esposo. No fue... agradable.

Menos mal que ya no tenía el pisapapeles en la mano, porque lo habría aplastado. —¿Te hizo daño?

—Fue... eficiente.

—Eficiente —murmuró Rafe—. Eso es un pecado.

Casi sonrió. —¿Un pecado, Su Excelencia?

—Merecías algo mejor.

—Nunca se me ocurrió que pudiera querer algo para mí. Una esposa no debe sentir placer. Debe asegurarse de que su esposo lo sienta. —Bajó la mirada—. Según James, fracasé en eso.

Rafe negó con la cabeza. —El placer de una mujer es el mayor regalo que puede recibir un hombre, y si fracasaste, fue culpa suya, maldita sea.

—Ya da igual —dijo con un gesto de la mano.

—A mí sí me importa. —Se levantó y se acercó, obligando a Georgiana a mirarlo a los ojos—. Merecías algo mejor —repitió en voz baja.

Georgiana lo observó unos instantes. —Quizás.

—¿No es por eso por lo que haces esto? ¿Porque sabes que mereces algo mejor?

—Sí. —Asintió con determinación—. Sí, tienes razón.

—Entonces replantéate tu plan, Georgiana. No te dará lo que necesitas.

—No empieces con eso otra vez —espetó—. Creí que habías aceptado ayudarme.

—Lo hice. —Temiendo asustarla y empujarla a los brazos de otro, Rafe retrocedió un poco—. Lo haré.

—Entonces —dijo con la voz algo tensa— necesito más de esta lección.

No estaba seguro de cuánto más podía ofrecer. —¿Como qué?

Alzó la barbilla. —Un beso.

La palabra quedó suspendida entre ellos como un desafío.

—Un beso —repitió.

—Tienes mucha más experiencia que yo. Seguro que entiendes su importancia.

—Creo —dijo con cautela— que los besos no son tan... inocentes como imaginas.

—Entonces, ¿cómo aprende una algo sin practicar?

Dio un paso hacia él, justo lo suficiente para que el espacio entre ambos desapareciera. Ahora podía sentir su calor, el roce de la manga contra su muñeca.

Soltó una risa breve, entrecortada. —Que Dios me ayude. Lo dices en serio.

—De verdad quiero aprender.

Extendió la mano antes de poder contenerse y le rozó la mano desnuda con los dedos, tanteando, vacilante. El pulso de Georgiana se aceleró bajo su pulgar. Le miró los labios, la curva de la mejilla y cómo lo observaba ella, toda inocencia y confianza.

Dios, qué equivocada estaba al confiar en él. ¿Acaso no se había dado cuenta después de la otra noche? Por alguna razón, él perdía todo el control en lo que a ella se refería.

—Continuaremos —dijo al fin, con la garganta seca—. Pero no hoy.

Ella arqueó las cejas.

—¿Por qué no?

—Necesito tiempo —respondió con premura.

—¿Tiempo?

—Para preparar tus lecciones —mintió—. Ahora que sé que, eh, no tienes experiencia. —Se ajustó el corbatín—. Debería planificarlo todo como corresponde.

Ella entrecerró los ojos, pero quizás intuyó que no lograría arrancarle un beso por mucho que insistiera.

—Bien, pero no tengo tiempo que perder.

—El próximo lunes. A primera hora de la mañana. Nos vemos entonces.

—Muy bien.

Una vez que ella se marchó, Rafe se quedó donde estaba, con la mirada fija en el lugar donde había estado ella, mientras su calidez aún le perduraba en la piel. Se permitió relajarse. No tenía ni idea de cómo demonios había logrado mantener las distancias cuando Georgiana Berry le exigía besos. Si dieran premios al autocontrol, él sería el maldito campeón reinante, al menos por hoy.

Capítulo Diez

El carruaje se detuvo frente a la casa de los Darling. El cielo había comenzado a palidecer de negro a azul, y el silencio gris del amanecer se extendía sobre Londres. Georgiana sofocó un bostezo, con el cuerpo entumecido tras horas de pie y de baile, mientras un coro de pájaros les daba la bienvenida con sus trinos desde algún lugar de la plaza.

Sus hermanas y su padre bajaron del carruaje igual de agotados. La Temporada apenas había comenzado y la familia Darling parecía volver de una campaña militar y no de una noche entre la *alta sociedad.* La velada había sido larga. Ruidosa. Agotadora.

Y, sospechaba, en buena parte desperdiciada.

Había bailado. Había sonreído. Se había reído de bromas que no recordaría por la mañana. Se había dejado admirar, de forma consciente y deliberada. Había coqueteado con cautela, midiendo cada inclinación de cabeza y cada mirada por encima del abanico.

Había hecho exactamente lo que se había propuesto.

Y sin embargo.

Suponía que debía agradecerle a Rafe aquella persistente irritación que se negaba a abandonarla. Aceptar que él la instruyera había sido un error. Había pasado la mitad de la noche casi esperando verlo al otro lado del salón de baile.

Y la otra mitad, buscándolo.

Maldito hombre.

—¿Subes, George? —llamó Will, ya a mitad de las escaleras, con el cabello escapándosele del cuidadoso recogido.

Georgiana lo consideró, pero entonces su estómago rugió en señal de protesta y le recordó lo escaso que había sido el refrigerio.

—Todavía no —dijo—. Necesito algo sustancioso.

Will rio y se dio la vuelta.

—Entonces te acompaño. Me niego a acostarme con hambre después de bailar con tres hombres que no pararon de pisarme.

Se dirigieron a la cocina, donde aún ardía un fuego bajo en el fogón. La cocinera había dejado todo limpio y ordenado, y Georgiana deseó que la eficiente mujer que su padre había contratado para la Temporada hubiera dejado al menos algo en la estufa. Will rebuscó en la panera mientras Georgiana sacaba la mantequilla y la miel.

Se sentaron a la larga mesa de madera. Georgiana observó a su hermana atacar una rebanada de pan.

—Conocí a alguien —dijo Will con la boca llena—. En la conferencia de ayer.

Georgiana se detuvo con el pan a medio camino de la boca.

—Ah, ¿sí?

—No es de aquí —Will se lamió una miga del labio—. Thomas Fairfax. Tendrías que haberlo oído hablar de arte. Asombroso.

Georgiana emitió un murmullo pensativo. A ella también se lo habían presentado, y no había pasado por alto la ceja enarcada de la señora Smethurst ni su advertencia murmurada sobre las finanzas del caballero. Entendía el atractivo. El hombre era apuesto y encantador, y claramente bastante talentoso. Pero Georgiana tenía poco interés en un hombre que no tenía nada que ofrecer salvo algo de carisma y buena apariencia.

—Su manera de hablar. Qué entonación tan deliciosa. Y sus ojos —Will suspiró—, tan azules y... y cautivadores.

Georgiana arqueó una ceja.

—¿Todo eso en una sola conferencia?

Will se llevó las manos a las mejillas.

—Me comprende, Georgie. Me comprende de verdad.

Soltó una risita.

—Parezco absurda.

—Suenas... eh... inspirada —dijo Georgiana con dulzura, y le tomó la mano manchada de tinta—. ¿Te dijo por qué está en

Londres?

Will titubeó.

—Viaja. París. Viena. Venecia.

Le brillaron los ojos.

—Parece sacado de una novela. Ojalá yo también pudiera viajar así.

Georgiana escuchó y dejó que su hermana se desahogara, asintiendo en los momentos oportunos. Siempre era así con Will: nuevas pasiones, nuevas convicciones, un corazón que se lanzaba sin mirar.

Cuando Will por fin calló, Georgiana le apretó la mano.

—Solo ten cuidado. No parece de los que se quedan en un solo lugar.

—No quiero estar a salvo —dijo Will en voz baja—. Quiero sentirme viva.

El reloj dio la hora suavemente en el vestíbulo. Georgiana miró por encima del hombro hacia el sonido. Había pasado muchas noches siendo el oído atento de sus hermanas para todas sus penas. Incluso la más pequeña, Freddy, a veces se metía en su cama cuando se quedaba en casa de su padre y parloteaba hasta altas horas. No le importaba la mayor parte del tiempo, pero había anhelado tanto tener una vida propia cuando se casara, una que pudiera dedicarse enteramente a sí misma.

El problema era que, incluso con casa propia, estaba atrapada. Si su padre la necesitaba, tenía que acudir. No podía permitirse ser tan libre como deseaba, y por mucho que adorase a su familia, por una vez, solo por una vez, quería ser egoísta.

—¿Nunca te has sentido así, George? —preguntó Will de repente—. ¿Como si tu mundo entero pudiera cambiar con una sola mirada?

Georgiana tragó saliva. La manera en que Rafe la había mirado mientras avanzaba hacia ella aquella noche le vino a la mente como un fogonazo.

—No lo creo —mintió, y se irguió en la silla—. Además, sería una tontería cambiar todo mi mundo por una sola mirada.

—¿Crees que soy tonta?

—No, no, no quise decir eso.

Georgiana contuvo un suspiro.

—Pero te pido que tengas cuidado. No conoces a este hombre y tienes cierta tendencia...

—Una tendencia a la tontería, lo sé —espetó Will—. Sé que todos me consideráis tonta e insensata por seguir esperando el romance, pero sé que vale la pena buscarlo. Me niego a ser como las generaciones que nos precedieron, que se casaban simplemente porque debían.

Pasó el dedo por un arañazo de la mesa.

—Me niego a ser como tú —dijo en voz baja.

Las palabras golpearon con fuerza. Georgiana las sintió clavarse en algún lugar bajo las costillas, agudas e innegables. No era una acusación que pudiera rebatir, no con honestidad. *Se había* casado por deber. Por estabilidad. Por el futuro sensato que todos elogiaban y nadie envidiaba.

—No es que esté buscando marido ahora mismo —protestó.

—No, estás buscando seguridad. Otra vez.

—Eso no es justo —protestó Georgiana.

—¿No lo es? —La voz de Will se suavizó—. Estás eligiendo con cuidado a un hombre que pueda desempeñar cierto papel mientras mantienes el corazón a buen recaudo.

Abrió la boca y volvió a cerrarla. Antes de que pudiera encontrar qué decir, Frankie apareció en el umbral, con la bata torcida y un libro bajo el brazo. —¿Esto es un debate filosófico o una disputa doméstica? —preguntó con calma—. Porque es demasiado temprano para ambas.

—No es nada —dijo Georgiana de inmediato, agradecida por la interrupción. Se levantó y se acercó a Frankie, apoyando una mano en su brazo como para sostenerse—. Me voy a la cama.

Will no la miró. Mantuvo la mirada fija en la mesa, el dedo aún trazando el mismo arañazo superficial, como si fuera a encontrar respuestas de tanto seguirlo.

Georgiana vaciló —solo un momento— y se alejó.

Mientras subía las escaleras, con la casa desperezándose en la mañana a su alrededor, no pudo evitar pensar que Will tenía razón

en una cosa, al menos.

Ella *estaba* eligiendo la seguridad.

Pero esta seguridad era diferente. Significaba libertad. Para ella y para sus hermanas. Un arreglo cuidadoso que las protegía a todas. Eso era lo que deseaba. La felicidad, concluyó Georgiana mientras subía, no siempre llegaba vestida de romance. A veces venía como independencia. Como la tranquila satisfacción de saber que había hecho lo sensato.

Llegó a su puerta y apoyó la mano contra ella.

Era el camino correcto para ella, lo sabía. Esto la haría libre.

Capítulo Once

Cada vez que Rafe visitaba el White's, se marchaba preguntándose por qué se había molestado. De joven, debería haber encajado perfectamente, pero no tenía paciencia para quedarse sentado felicitándose por el mero hecho de ser hombre. Después de la guerra, la cosa empeoró. ¿Cómo iba a quedarse allí bebiendo brandy a sorbos después de presenciar semejantes atrocidades?

Ahora, como par oficial del reino, el White's debería ser el lugar perfecto para él. Allí había hombres en una posición similar a la suya, que soportaban las mismas cargas, que seguían el mismo camino.

Pero seguía sintiéndose fuera de lugar.

Rafe se detuvo en el umbral un momento. Las voces se mantenían bajas, las sillas chirriaban, las copas tintineaban. La regla tácita era simple: podías decir casi cualquier cosa, siempre que no fuera con demasiada crudeza.

No había tenido intención de venir aquí.

Su intención había sido irse a casa, quitarse la ropa de etiqueta, olvidar el baile por completo. En cambio, se encontró quitándose la chaqueta en el vestíbulo del club, con una irritación que le bullía bajo la piel y le hacía sentirse inquieto, necesitado de acción.

El portero hizo una reverencia. Alguien lo llamó por su nombre. Un murmullo de reconocimiento lo siguió mientras cruzaba la sala; Rafe siempre atraía la atención ahora que era duque, lo quisiera o no. Aminoró el paso brevemente al ver a Thornbury.

Maldita sea, de entre todas las personas que podían estar aquí.

Rafe pidió un brandy que no quería y tomó asiento cerca de la pared del fondo, donde las mesas de cartas quedaban a la vista pero la conversación era algo menos estúpida. No iba a salir huyendo solo porque ese canalla estuviera allí. Al fin y al cabo, tenía todo el derecho a estar allí.

Se le formó un nudo en el estómago mientras se hundía más en la silla. Sabía lo que era y no tenía por costumbre engañarse a sí mismo.

Celos.

Unos celos profundos y ardientes que no tenía derecho a sentir.

Georgiana había bailado con tres hombres esa noche.

Los había contado sin querer.

El primero había sido inofensivo: sincero, aburrido, agradecido por su atención. El segundo había sido más inteligente, más apuesto, y se había inclinado demasiado al reír. El tercero...

Thornbury.

A Rafe se le tensó la mandíbula con el recuerdo.

Thornbury siempre le había dado repelús. Había observado a Georgiana como si fuera algo que adquirir. Rafe había visto el momento exacto en que Thornbury se dio cuenta de que no era meramente bonita, no meramente divertida, sino *disponible*.

Una silla chirrió cerca.

—Su Excelencia.

Rafe levantó la vista y vio al capitán Devine dejándose caer en la silla de enfrente sin invitación, con una sonrisa demasiado engreída para su gusto. Se conocían desde hacía varios años y habían estrechado lazos al servir en el mismo pelotón en Frances.

—Deberías haber venido antes —continuó Devine—. Te perdiste un animado debate sobre los méritos comparados de las cantantes de ópera y las cortesanas. Profesiones íntimamente relacionadas, al parecer.

Rafe gruñó.

—Ya me lo imagino.

—No esperaba verte aquí, la verdad. Pensaba que detestabas este lugar.

—Nunca he dicho eso.

—No hacía falta. Tu cara lo dice todo.

Devine siguió su mirada a través de la sala, hacia donde Thornbury estaba repantigado cerca de las mesas de juego, copa en mano, riendo demasiado alto.

—Ah —dijo en voz baja—. Eso lo explica.

Rafe apretó los dedos en torno a la copa.

—Explica qué.

—Tu expresión —los ojos de Devine brillaron—. Pareces un hombre que está pensando en cometer un asesinato.

—Entonces deberías hacértelo mirar —dijo Rafe con frialdad.

Devine se rio entre dientes.

—Vamos, hombre. Te vi observando a la Señora Berry toda la noche. Media sala también. Fue... —hizo una pausa, buscando la palabra— todo un espectáculo.

Rafe no respondió.

La risa de Thornbury resonó por toda la sala, tosca y desinhibida. Se inclinó hacia un grupo de hombres, bajando la voz lo justo para sugerir confidencia más que discreción.

Rafe captó un fragmento.

—...bastante fácil de encantar. Las viudas siempre lo son. Pura gratitud y nervios...

El resto se perdió en el ruido, pero fue suficiente. Rafe estaba de pie antes de haber decidido conscientemente levantarse. Las sillas se movieron. Las conversaciones se interrumpieron. Thornbury levantó la vista, un destello de sorpresa en el rostro que enseguida se tornó en diversión.

—Su Excelencia —dijo arrastrando las palabras—. ¿Desea unirse a nosotros?

Rafe se detuvo a un paso de distancia. Lo bastante cerca para que Thornbury no malinterpretara su intención.

—Hablarás de la Señora Berry con respeto —dijo Rafe, con una voz más serena de lo que él mismo se sentía.

Thornbury parpadeó y luego sonrió.

—¿Perdón?

—Me has oído.

Un silencio se extendió por la sala. Si no estaban todos pendientes en ese momento, Rafe se llevaría una sorpresa.

Thornbury resopló.

—No pretenderás insinuar que he dicho algo impropio. Ni siquiera sabes...

Rafe dio un paso más.

—Lo sé —dijo—. Y te disculparás o te haré lamentar tu falta de juicio.

Devine se levantó de golpe y se acercó a él.

—Rafe...

La sonrisa de Thornbury se esfumó.

—No puedes hablar en serio.

Rafe le sostuvo la mirada sin parpadear.

—Ponme a prueba.

Por un momento, nadie se movió. El aire estaba cargado de tensión, de expectación. Rafe notaba el pulso latiéndole con fuerza en las sienes. También era consciente, vagamente, de que estaba haciendo aquello en público, sin pensar en las consecuencias.

Pero la idea de que Georgiana oyera que hablaban de ella como si fuera una mercancía hacía que las consecuencias le importaran un bledo.

Thornbury miró a su alrededor. Se rio, demasiado deprisa.

—Disculpas, entonces —dijo, alzando la copa—, si alguien se ha ofendido.

Rafe inclinó la cabeza una fracción y dejó que la tensión abandonara su mandíbula.

—Procura no cometer el mismo error.

La sala exhaló.

Devine lo alcanzó cerca de la barra. —¿Eres consciente —murmuró— de que media Londres se habrá enterado de esto mañana por la mañana?

—Que se enteren —dijo Rafe.

Devine lo observó largamente. —No se defiende así a una mujer a menos que uno pretenda hacerla suya.

Rafe aceptó otra copa que tampoco deseaba y no respondió. La *alta sociedad* podía pensar lo que le viniera en gana. Dudaba que la reputación de Georgiana se viera perjudicada por el interés de un duque. Al contrario, la haría más codiciada a ojos de muchos hombres.

El problema era que la *alta sociedad* ignoraba que, por muy valioso que fuera el interés de un duque, Georgiana no lo quería. Ella había dejado claro que jamás volvería a casarse y que él, el duque de Ashford, quedaba relegado al mero papel de tutor.

De algún modo, tendría que aceptarlo. De algún modo, tendría que enterrar los celos enrevesados que ella había despertado en él.

Rafe dio un sorbo pausado a la copa; el ardor le ofreció un pequeño consuelo frente al dolor de lo que no se había dicho. La mirada de Devine se posó en él con una ceja enarcada, pero Rafe ignoró a su amigo. Que la *alta sociedad* cotilleara. Que tejieran sus historias. Nada de eso cambiaría el hecho de que el corazón de Georgiana era solo de ella, y él aceptaría estar a su lado en los términos que ella dispusiera.

Capítulo Doce

Georgiana llegó a la casa de Rafe a las ocho y media en punto para su siguiente lección y lo encontró ya fuera, en los escalones. Permanecía con los brazos cruzados, la viva imagen de un libertino aburrido.

Era exasperante lo apuesto que estaba incluso así.

La luz de la mañana se enredaba en su cabello oscuro y suavizaba las líneas duras de su rostro justo lo necesario para hacerlo parecer peligrosamente accesible. Georgiana sintió el tirón ya familiar en el pecho, esa aguda consciencia de su cercanía que aparecía sin falta en cuanto lo veía.

Dios, ¿por qué tuvo que elegir precisamente a Rafe como tutor? La exasperaba y la aterrorizaba a partes iguales. Cuando no lo veía, le resultaba más fácil pensar con claridad. Ella necesitaba lecciones y él debía darle unas como era debido. Una vez más, le pediría algo real y útil.

Pero ¿y si aceptaba?

Subió a la acera, ya tan cerca que podía oler el lino limpio y algo vagamente masculino bajo él.

—Madrugas mucho para ser alguien que detesta tanto las mañanas.

Él la recorrió con la mirada, con la boca curvada en una media sonrisa.

—De vez en cuando hago las paces con alguna mañana. Lo creas o no, el ejército no permite que sus soldados holgazaneen.

Al verlo así, tan refinado y tan libertino, Georgiana a veces olvidaba su pasado militar.

Un carruaje pasó traqueteando, con las ruedas triturando los restos de escarcha. La ciudad aún no había despertado del todo: solo unas pocas criadas, el carro de un trapero y un perro callejero merodeaban en la acera de enfrente. Rafe miró calle arriba y abajo y le indicó con un gesto que subiera al escalón superior. Ella obedeció, consciente de lo extraño que resultaba estar junto a un duque a semejante hora.

Se quedó inmóvil antes de entrar y retrocedió un paso al ver a lord y lady Pembroke al otro lado de la calle. Intentó aparentar que su presencia en el umbral del duque más codiciado de Inglaterra era pura coincidencia, pero ninguno de los dos reparó en ella. Su señoría susurró algo al oído de su esposa mientras pasaban y ella rio, posando una mano en su manga. Después, con ternura ensayada, él le subió el chal sobre los hombros y sus dedos se demoraron en la nuca.

Una ligera punzada le recorrió el pecho y los recuerdos de su día de bodas la asaltaron por un instante. Recordó lo tontamente que había pensado que quizá ella y James podrían llegar a ser así cuando estaban prometidos.

—Llevan veinte años casados —comentó Rafe, siguiendo con la mirada a los Pembroke por la acera—. Y todavía se comportan como recién casados. Como para hacer tambalear la fe de cualquiera en el cinismo.

Georgiana apretó el bolso con más fuerza.

—O tal vez —dijo— simplemente se les da muy bien fingir en público.

Él arqueó una ceja.

—Crees que todo es teatro.

—¿Cuántas parejas veremos bailando y sonriendo como si todo fuera perfecto esta temporada? —Su voz sonaba firme, pero no pudo evitar mirar hacia atrás mientras lord Pembroke se agachaba a recoger el guante de su esposa y se lo entregaba con algo parecido a reverencia—. Aunque los chismosos hablen de aventuras y de matrimonios que viven como extraños.

—Es curioso —comentó Rafe—. Antes te tenía por una romántica.

Georgiana suspiró.

—Yo también.

—¿Qué cambió?

Ella le lanzó una mirada elocuente.

—¿De verdad necesitas preguntarlo?

Él se encogió de hombros.

—Me casé.

—Georgiana, estuviste casada apenas unos días. ¿Cómo puedes decidir que el matrimonio no es lo tuyo después de eso?

Entornó los ojos mirándolo e inspiró hondo. Había venido para recibir lecciones, no para discutir. Pero intuía que Rafe no dejaría el tema a menos que lo zanjara de una vez.

—Me casé porque me lo ordenaron. Sabía que estaba mal, pero lo hice igualmente. Me dejó sin protección, sin buenos recuerdos, sin nada cálido que atesorar. Esos pocos días de casados bastaron para convencerme de que el matrimonio no es algo que desee repetir jamás.

Él no parecía convencido; su boca seguía curvada en un gesto divertido, así que ella hizo un ademán abarcando todo a su alrededor.

—Cada día leemos sobre mujeres agraviadas, heridas y maltratadas. Todo porque depositaron su confianza en un hombre. Y yo no pienso volver a hacerlo.

—Sabes que también estarías depositando tu confianza en un benefactor, ¿verdad?

Casi puso los ojos en blanco.

—Soy perfectamente consciente de lo que hago, Rafe.

Él abrió la boca, luego la cerró y esbozó una sonrisa tirante.

—Estoy seguro de ello.

Alargó el brazo para abrirle la puerta, con la mano suspendida cerca de la parte baja de la espalda de ella.

—Después de ti.

El gesto no era nada y, sin embargo, le provocó un hormigueo que le recorrió la columna. Pasó junto a él con la espalda recta, conteniendo el aliento, y entró en el vestíbulo. Rafe la guio por el corredor hasta la biblioteca. Georgiana tragó saliva para

deshacer el nudo en la garganta. No iba a permitir que la disuadiera hoy. Conseguiría las respuestas y la información que quería para poner su plan en marcha cuanto antes.

Rafe se acercó a la ventana y ajustó las cortinas. Un rayo de luz atravesó la habitación e hizo bailar las motas de polvo.

—¿Qué quieres aprender hoy?

Con la boca seca, buscó las palabras que había ensayado.

—Sobre... cómo... o sea...

—¿Sí?

—Cómo me tocaste. Aquella noche en el baile.

Él desvió la mirada.

—¿Y qué hay con eso?

—Quiero más.

—¿Más?

Virgen santa, Rafe estaba empeñado en ponérselo difícil, ¿verdad?

—Quiero que vuelvas a tocarme, Rafe. Como antes. Enséñame lo que hiciste y enséñame... enséñame cómo puedo corresponderte.

La mirada de él se oscureció y el mundo se redujo cuando sus ojos se encontraron. Su propia respiración retumbaba en sus oídos. Ansiaba alargar la mano hacia él, pero los brazos no le respondían, así que esperó hasta que él se acercó un poco más. Ya estaba. No necesitaba preguntar. Él iba a enseñarle todo lo que no le había mostrado aquella noche en el baile.

—Enséñame —repitió—. Enséñame cómo me tocaste. Cómo me hiciste sentir... viva.

La mirada de Rafe descendió hasta sus labios y luego volvió a sus ojos, como si sopesara la gravedad de su petición. Despacio, con deliberación, alargó la mano. Sus dedos apartaron un mechón suelto de su rostro y se demoraron allí un instante más de lo necesario.

—Me pides mucho, Georgiana —murmuró con voz ronca y grave.

—Y sin embargo, antes lo diste sin reservas.

—No estaba en mis cabales.

—¿Y ahora?

Esbozó una sonrisa irónica.

—Mi estado mental seguramente ha empeorado bastante.

Le rodeó la espalda con una mano y la atrajo hacia sí. Ella contuvo el aliento. El calor que emanaba de su cuerpo llenó el espacio entre ambos y el silencio de la biblioteca pareció hacerse más profundo.

Georgiana alzó el rostro. Él fue bajando lentamente hacia ella y la piel se le erizó de anticipación. Percibió el aroma a menta en su aliento y cerró los ojos.

Sonó un leve golpe en la puerta y ella abrió los ojos.

—Su Excelencia, disculpe —se oyó la voz del mayordomo—. Lady Wexford está en el salón. Dice que es urgente.

Rafe maldijo entre dientes.

—Será mejor que te vayas. A Lady Wexford no hay quien la disuada.

Georgiana estuvo a punto de soltar ella misma un improperio, uno por el que su padre la habría reprendido severamente. ¿Acaso estas lecciones saldrían alguna vez según lo previsto?

—Sal por detrás. Burton te acompañará a la salida.

Georgiana vaciló un instante mientras el peso de la decepción se apoderaba de ella. Pero sabía que no podía arriesgarse a que Lady Wexford la viera allí. Aquella mujer propagaba los chismes a la velocidad del rayo. Asintió a regañadientes.

—Hasta la próxima, entonces.

—En efecto —respondió él, y Georgiana creyó percibir una promesa en sus palabras. Quizá, la próxima vez, aprendería por fin todo lo necesario para ser dueña de su propio destino.

Capítulo trece

Rafe había soportado campos de batalla con más compostura de la que consiguió mostrar en la fiesta en el jardín de lady Markham.

Permaneció bajo el toldo a rayas, con una bebida intacta en la mano, observando un mar de seda y botas pulidas, consciente de que su mirada fulminante estaba logrando ahuyentar a todas las debutantes y madres de los alrededores.

Vaya manera de buscar novia.

Incluso había evitado hablar con lady Adeline Woolwich, a quien Burton le había sugerido que pusiera en primer lugar de la lista que, sin saber muy bien por qué, seguía guardada en su bolsillo interior. Por qué su ayuda de cámara insistía en que la llevara consigo era un misterio, aunque solo se le ocurría que sus sirvientes estaban hartos de él y conspiraban para casarlo cuanto antes.

Al pasear la mirada por los impecables jardines, su atención se detuvo en una figura solitaria que se movía entre la multitud.

Georgiana Berry no se demoraba. Se movía con determinación, abriéndose paso entre los invitados con una calma serena que Rafe deseaba poder emular. Aunque ¿cómo iba a lograrlo, sabiendo lo cerca que había estado de besarla el día anterior y de mandar al diablo aquellas malditas «lecciones»?

Continuó observándola. Como debía hacer, al fin y al cabo. Demonios, como su «maestro», era prácticamente su protector. Era su deber asegurarse de que estuviera a salvo.

La atención de Georgiana se desvió y Rafe la vio ponerse de puntillas. Siguió su mirada y divisó a Fairfax, un artista que buscaba mecenas con un afán que rayaba en la desesperación. Rafe no

dudaba de que lo conseguiría, pero no entendía por qué Georgiana podía estar interesada en él. No tenía dinero y, desde luego, nada que ofrecerle.

Entonces la vio girar la cabeza hacia su hermana y comprendió su interés.

Wilhelmina permanecía al borde del césped central, justo más allá del toldo a rayas, con la atención fija con dolorosa intensidad en la curva lejana del jardín, donde Fairfax conversaba con un pequeño grupo de invitados. Se había colocado mal: medio escondida detrás de una urna de mármol, con el sombrero inclinado como si estuviera admirando las rosas. Rafe la observó cambiar el peso de un pie a otro mientras se retorcía nerviosamente la costura del guante.

Llevaba así toda la tarde.

Rafe suspiró. Wilhelmina hacía poco por ocultar sus ensoñaciones románticas. Incluso él sabía cuánto anhelaba un matrimonio por amor. El artista bohemio, con su verbo elegante y su apariencia a la moda, sin duda resultaba atractivo para ella.

Apretó la mandíbula cuando Fairfax se alejó de la multitud y echó a andar por el sendero exterior del jardín con la señorita Penelope Harrington a su lado. Caminaban muy juntos, como si compartieran secretos, y la mano de la señorita Penelope descansó ligeramente sobre su manga por un instante. Cuando Fairfax inclinó la cabeza para hablar, ella ladeó la suya con coquetería, girando el cuerpo hacia él en una invitación.

Rafe miró a Wilhelmina y captó el momento en que comprendió. La señorita Penelope era la heredera de una fortuna naviera, todo un premio para un joven ambicioso como Fairfax. Podría pasarse la vida pintando sin apenas mermar la fortuna de sir Harrington. Y las conexiones tampoco vendrían mal a su carrera.

Sin duda, Wilhelmina también se había dado cuenta, y Rafe lo vio en su postura. Echó los hombros hacia atrás bruscamente, dio un paso adelante y se detuvo. Fairfax y la señorita Penelope pasaron cerca de ella, y Fairfax apenas le dirigió una mirada. Rafe no sabía bien qué había ocurrido entre Fairfax y Wilhelmina, pero fuera lo que fuese, el desaire dolió.

Wilhelmina se giró entonces, demasiado rápido, y chocó con un lacayo que cruzaba el sendero. La bandeja de plata se inclinó precariamente entre ambos. Un destello de cristal, un grito agudo, el sonido inconfundible de las copas haciéndose añicos contra la grava.

El jardín enmudeció.

Rafe vio cómo el rostro de Wilhelmina se descomponía, las mejillas teñidas de rosa por la mortificación. Entonces huyó con las faldas recogidas y la cabeza gacha, desapareciendo por el sendero sombreado hacia el seto del fondo.

Rafe maldijo y echó a andar tras ella, pero Georgiana ya cruzaba el césped con la velocidad y determinación de quien está acostumbrada a gestionar desastres, disculpándose a su paso. Rafe la siguió a distancia, dejándola tomar la iniciativa. Georgiana estaba más que acostumbrada a ocuparse de las vidas de sus muchas, muchas hermanas, y él no sabía si podría ser de gran ayuda, pero al menos podía servirles de apoyo.

Encontraron a Wilhelmina encorvada en un banco de piedra bajo los árboles, con el sombrero torcido y los brazos apretados contra el pecho. Las lágrimas le brillaban en los ojos, aunque no las dejó caer. Le temblaban los labios. Se mantenía muy erguida.

—Tenías razón —murmuró Wilhelmina—. Ha sido una estupidez. Ni siquiera sé por qué me importa.

Georgiana se plantó frente a su hermana, con las faldas rozando la grava. Rafe vio cómo cuadraba los hombros. Odiaba que tuviera que cargar con aquello. Que tuviera que hacer constantemente de madre para sus hermanas. Por mucho amor que hubiera entre todas ellas, anhelaba ayudarla a sobrellevar aquel peso de algún modo.

—Te importa porque eres buena y cariñosa, y ojalá yo tuviera un corazón como el tuyo.

Rafe esbozó una leve sonrisa y se mantuvo apartado. Solo Georgiana era capaz de ofrecer palabras tan amables. Él no habría pasado de una palmadita en la cabeza y un «vamos, vamos».

Wilhelmina sorbió por la nariz.

—Me llamó su «alma poética», ¿sabes? Me recitó a Byron. Y luego va y...

Su voz tembló y las palabras se quebraron en una risita amarga.

—Claro que prefería a la Harrington. Ella tiene cinco mil al año, y yo...

Hizo un gesto impotente hacia su regazo.

—No tengo nada.

Rafe cerró los ojos un instante.

Georgiana se acercó y se sentó a su lado en el banco.

—Tienes todo lo que la señorita Harrington no tiene. Tienes el corazón más bondadoso que he conocido, y el señor Fairfax jamás habría encontrado una esposa más devota.

Wilhelmina dejó caer la cabeza y los hombros se le hundieron al fin.

—Soy una tonta.

—No digas eso —murmuró Georgiana. Sacó un pañuelo del retículo y se lo puso en las manos—. El tonto es él, no tú. Quien no sepa ver lo que vales no te merece.

El silencio que siguió fue denso y pesado, roto solo por risas lejanas y el leve tintineo de la cristalería en el césped. La fiesta había continuado sin ellos.

Wilhelmina alzó la cabeza.

—¿Crees que a ella siquiera le gusta?

—¿La señorita Harrington? —dijo Georgiana—. Lo que le gusta es fastidiar a su madre. Seguramente se arrepentiría con el tiempo.

Wilhelmina dejó escapar una risa triste.

—Bueno. Supongo que hoy he aprendido algo.

—¿El qué?

—Que el dinero y la ambición valen más que el amor.

Se enjugó las lágrimas.

—Con el dinero de la señorita Harrington, puede comprarse la fama que tanto ansía.

—Si se compra la fama —dijo Georgiana con calma—, le sabrá a hueco. Te lo prometo.

Rafe se agachó frente a ella hasta quedar a su altura.

—Si quieres, puedo meterle el miedo en el cuerpo. Una palabra mía y lo vetarán de todos los clubes de Londres.

Wilhelmina soltó una risa temblorosa. —Gracias —dijo—. Pero creo que es mejor dejar el asunto así. —Levantó la barbilla—. Soy más fuerte de lo que parezco. Y todos podemos entender que a veces necesitamos algo más que amor para salir adelante, por desgracia. —Lanzó una mirada elocuente a Georgiana.

Algo se revolvió en lo más profundo de las entrañas de Rafe ante la mención del amor. Georgiana merecía algo mejor que un hombre que solo la quisiera por su cuerpo.

Rafe la observó un momento más y asintió. —Muy bien. —Se volvió hacia Wilhelmina, suavizando el tono—. Me han dicho que hay pastel de zanahoria.

Los ojos de Wilhelmina se iluminaron levemente. —Lo recuerdas.

—Lo recuerdo. —Se levantó y le ofreció el brazo. Lentamente, Wilhelmina se puso de pie y lo tomó. Caminaron juntos hacia la casa, con Georgiana un paso por detrás. Rafe le recordó a Wilhelmina aquella vez que había robado pastel de zanahoria de la cocina de Ashbourne House. Francesca no tardó en unirse a ellos, y cuando Wilhelmina tuvo una bebida en la mano y una porción de pastel de zanahoria, Georgiana se acercó a él.

—Gracias.

—No creo haber dicho nada útil.

—No, pero a veces mis hermanas no necesitan el tipo de consuelo que yo les ofrezco —dijo con una sonrisa irónica—. A veces una palabra amable de un hombre apuesto surte mucho más efecto.

—Siempre has sido una madre para ellas, pero supongo que no siempre queremos oír a nuestras madres cuando nos dicen que saben lo que más nos conviene.

—Mamá me lo dijo muchas veces. —A Georgiana se le arrugaron las comisuras de los ojos—. Pero claro, yo me enfurecía cada vez que lo oía. Ojalá hubiera sabido escuchar su sabiduría en aquellos momentos.

—No seas tan dura contigo misma, George. —Probó en sus labios el apodo que usaba la hermana de ella y descubrió que le

gustaba. Los labios de Georgiana se curvaron en respuesta, y sospechó que a ella también le gustaba—. Tus hermanas saben muy bien que harías cualquier cosa por ellas.

—¡Incluso convertirme en amante! —Lo dijo riendo, pero Rafe no pudo ni siquiera sonreír.

—No bromees con eso —dijo.

Ella enarcó las cejas. —Sabes muy bien que no estoy bromeando.

Se acercó un poco más. —Mereces algo mejor que venderte por el futuro de los demás.

—También es por mi futuro.

Le sostuvo la mirada. —Mereces uno mejor.

Georgiana abrió la boca y volvió a cerrarla.

A lo lejos se oyó la risa de Wilhelmina, más ligera ahora, y Georgiana apartó la mirada.

Rafe no.

Capítulo catorce

Hyde Park rebosaba de movimiento aquella mañana. Los carruajes avanzaban lentamente y los jinetes desfilaban por Rotten Row. El clima cálido había atraído a grupos de niños y familias hasta la orilla del río. Georgiana y sus hermanas estaban igual de deseosas de disfrutar al aire libre de aquel día espléndido.

Georgiana caminaba un poco por delante de sus hermanas, no por sentirse superior sino por pura costumbre. De pequeñas, solía ir siempre a la cabeza, abriendo camino. Si sus hermanos pequeños estuvieran allí, tendría que volverse cada pocos minutos para asegurarse de que se portaban bien, aunque ya estaban llegando a la edad en que observar a hombres apuestos resultaba más atractivo que hacer travesuras.

Wilhelmina se mantuvo cerca aquel día, hablando en voz baja mientras relataba algún nuevo cotilleo sobre el vizconde Southcombe. Frankie participaba a ratos en la conversación, más pendiente de la incomodidad que le causaba su ridículo que de las implicaciones morales de una indiscreción. Theodosia iba varios pasos por detrás, absorta en un manoseado libro de historia natural, confiando aparentemente en que el mundo no chocaría con ella mientras leía.

Frankie casi tropezó con un pequeño dachshund y soltó un taco, que disimuló rápidamente con una tos.

—Juro que los ricos se han vuelto locos por los perros feos —dijo—. Mira esas patas. Parecen salchichas.

—Es alemán —respondió Will de inmediato—. Están muy de moda en Viena. A mí me gustan bastante.

Georgiana tropezó ligeramente y Will se rio.

—Ese dachshund tiene más gracia que tú, George.

Georgiana esbozó una sonrisa tensa. Prefería que su hermana la comparara con un perro rechoncho a que descubriera lo que realmente la había hecho tropezar.

Rafe se acercaba desde Rotten Row, caminando con paso decidido aunque varias personas intentaban entablar conversación con él. Georgiana sintió una leve opresión bajo las costillas.

Era solo porque habían acordado ser discretos en la forma en que Rafe mostraba interés por ella. No convenía que nadie sospechara que le prestaba más atención que a las demás.

Frankie señaló hacia él con la cabeza.

—Ahí está tu tutor. Tan apuesto como siempre.

Georgiana reprimió un bufido de fastidio ante el tono de suficiencia de su hermana.

—Desde luego que tiene buena planta —coincidió Will—. Con esos hombros anchos y esos silencios melancólicos. Todo un héroe gótico.

—No es melancólico —saltó Georgiana—. Es simplemente... reflexivo.

—Qué suerte —murmuró Will— que lo hayas observado tan de cerca como para notar la diferencia.

Georgiana notó que se ruborizaba.

—No lo he estudiado.

—Acabas de defender sus hombros —intervino Theodosia de repente, al parecer más interesada en humillar a Georgiana que en su libro.

—Yo no he hecho tal cosa.

Frankie ladeó la cabeza.

—Pues parecía que le hubieras hecho un examen exhaustivo.

Will abrió mucho los ojos.

—¿De verdad, George? Has estado muy calladita sobre el tema de tus lecciones.

Y es que sus lecciones no habían dado ningún fruto hasta el momento. Salvo por un casi beso. Tragó saliva. Un beso que estuvo a punto de ocurrir.

Georgiana estaba a punto de responder cuando un grito repentino y agudo rasgó el aire. Las cuatro se volvieron hacia el sonido y Georgiana oyó otro grito: esta vez, una petición de auxilio.

—Quedaos aquí —ordenó Georgiana, aunque ninguna obedeció mientras ella se abría paso hacia la orilla.

Alguien agitaba los brazos señalando al agua.

—¡Dios mío, se ha caído! ¿Es que nadie sabe nadar?

Un niño pequeño se debatía en el agua, agitando los brazos con desesperación.

Por un momento, nadie se movió. La cabeza del niño seguía hundiéndose bajo el agua mientras la multitud permanecía paralizada, y una mujer se desmayó. Georgiana lanzó su sombrilla a una de sus hermanas y se agachó para desatarse una bota con manos temblorosas.

—No lo hagas.

Alguien le puso una mano en el brazo y ella se detuvo, alzando la vista hacia Rafe, que ya se había quitado la chaqueta. Él se descalzó rápidamente y arrojó las botas a la orilla.

No tuvo oportunidad de decir nada antes de que él se zambullera en el agua. Georgiana se abrazó el cuerpo mientras lo veía salir a la superficie. El niño se hundió una vez, dos veces, y otra más, desapareciendo bajo el agua gris verdosa. El río era lento pero profundo y ancho. Si se perdía bajo la superficie, quizá no volverían a verlo jamás.

Rafe se sumergió de nuevo cerca de donde había desaparecido el niño. La dama que se había desmayado volvió en sí y rompió a llorar. Era la madre del niño, comprendió Georgiana. Sus hermanas la rodearon para consolarla, pero Georgiana no podía apartar la mirada del agua.

«Vamos, Rafe», lo instó en silencio. Llevaba demasiado tiempo bajo el agua. La ropa debía de pesarle una barbaridad. Rafe era fuerte, pero ¿lo bastante como para nadar con las prendas empapadas? No estaba segura.

Georgiana se obligó a respirar.

Entonces Rafe emergió a la superficie, sujetando al niño contra el pecho, con la camisa blanca pegada al cuerpo mientras

braceaba hacia la orilla. Cuando llegó a la zona poco profunda, izó al niño hasta la orilla y se desplomó a su lado, jadeando.

Georgiana se precipitó hacia ellos. Puso al niño de lado, le presionó la espalda con firmeza y el agua manó de su boca. El pequeño tosió y después emitió un gemido débil.

—Oh, gracias a Dios.

A su espalda, Rafe se incorporó y se interpuso entre ella y la multitud.

—Dadle espacio —dijo con voz ronca.

Alguien ofreció un abrigo y otro un chal. Georgiana arropó al niño tembloroso con ambas prendas mientras Rafe lo alzaba en brazos y lo llevaba, tiritando, hasta su madre.

—Oh, gracias, gracias —dijo la mujer, estrechando al niño contra su pecho.

—Tiene que llevarlo a casa y abrigarlo bien —ordenó Rafe.

—Deberíamos acompañarlos a casa —se ofreció Theo—. No parece en condiciones de hacer gran cosa —le murmuró a Georgiana.

Georgiana asintió.

—De acuerdo.

—Y tú deberías ocuparte de Rafe —dijo Frankie con una sonrisa—. Necesita algo caliente de beber y ropa seca.

Se le encendió el rostro al imaginarse a Rafe quitándose la camisa mojada. Dios mío, qué persona tan terrible era. Tanto Rafe como el niño podrían haberse ahogado en el Serpentine, y ahí estaba ella, imaginándoselo desnudo.

Sus ojos se encontraron con los de Rafe.

—Lo hiciste bien —le dijo él.

—Tú lo rescataste —replicó ella.

Rafe sacudió la cabeza; el agua aún le goteaba del pelo sobre el cuello de la camisa. —Habrías entrado.

—Sí.

—Y te habrías ahogado.

—Nado perfectamente.

Él la repasó con la mirada de arriba abajo. —No con esas faldas.

Abrió la boca para replicar —aunque probablemente él tuviera razón—, pero entonces él se tambaleó ligeramente. Nadie más lo habría notado. Ella sí.

—Te estás congelando —dijo ella.

—No estoy... —Se le tensó la mandíbula, delatando el escalofrío que intentaba reprimir—. No es nada.

—Claro que es algo. Estás empapado hasta los huesos. ¿Dónde está tu carruaje?

A sus espaldas, escoltaron a la madre junto con su hijo, flanqueada por las hermanas de Georgiana y varios curiosos solícitos. El pánico inicial se había disipado, dando paso a la admiración y el cuchicheo. La gente ya volvía a girar la cabeza hacia el espectáculo del paseo matutino.

Rafe miró hacia el sendero. —No tengo carruaje —dijo con los dientes apretados—. Iré andando a casa. Está bastante cerca.

—No harás tal cosa —dijo Georgiana con firmeza—. Vendrás conmigo.

—¿Contigo? —Enarcó las cejas.

—Sí. Tomaremos un coche de alquiler. Necesitas entrar en calor.

—Buena suerte encontrando uno que me acepte en este estado. —Le lanzó una mirada que casi parecía divertida—. De todos modos, he sobrevivido a cosas peores que una camisa mojada.

—¿Ah, sí?

Algo se asomó fugazmente a su expresión, y ella recordó demasiado tarde que él había estado en la guerra. A veces deseaba que le hablara de aquello, pero ¿cómo se preguntaban esas cosas? Hasta estas supuestas lecciones, solo habían coincidido en reuniones sociales, o ella lo había visitado tras la muerte de su hermano y su padre. Difícilmente podía interrogar a un hombre de luto sobre su vida en el campo de batalla, ¿no?

Frankie reapareció a su lado. —La madre y el niño viven cerca. Vamos a llevarlos a casa enseguida; Theo insiste en llamar a un médico. —Miró a Rafe y probablemente vio la misma palidez que había notado Georgiana—. Puede que también necesites uno para él.

—Tengo nombre —espetó Rafe, aunque sin convicción.

Georgiana le tocó el brazo a su hermana. —Voy a meterlo en un carruaje. Nos vemos en casa.

Haciendo caso omiso de las advertencias de Rafe, Georgiana paró un coche de alquiler e informó al conductor de quién era exactamente el pasajero que iba a transportar y de las consecuencias si lo dejaba morir de frío en la acera. El cochero resopló, se quitó el abrigo y se lo tendió. —Que se siente encima de esto. Dentro hay una manta también, aunque a mi mujer no le hará ninguna gracia tener que lavarla.

Georgiana ignoró el comentario y cogió el abrigo. Rafe ya había abierto la puerta del carruaje —siempre tan caballero—, pero ella no pasó por alto cómo se le crispó la mano a un costado, como si el frío por fin estuviera haciendo mella de verdad.

Extendió el abrigo y se dejó ayudar a subir, prometiéndose que no le permitiría seguir haciéndose el caballero una vez estuvieran a salvo dentro. Necesitaba que lo atendieran, le gustase o no.

—Si vas a volver a decirme lo que tengo que hacer —dijo él con sequedad mientras cerraba la puerta—, preferiría una manta primero.

Ella parpadeó. Luego alargó la mano hacia la manta de viaje de repuesto.

Cuando le envolvió los hombros con la lana y se acercó a él, Rafe no la detuvo. Georgiana se recostó hacia atrás, dejando que sus dedos se demoraran un instante más en el borde de la manta. Le lanzó una mirada fugaz al perfil de él, y el calor que sentía en el pecho se expandió. Le había pedido a un libertino que le enseñara todo lo que sabía, pero sospechaba que Rafe era mucho más que el pícaro que había sido en otro tiempo.

Y por frustrante que resultara, una parte de ella no quería que él fuera de otra manera.

Capítulo quince

Rafe había pasado frío antes.

Había dormido en lugares peores que aquel. Sobre terreno más duro. Con ropa más empapada.

Por eso resultaba profundamente irritante que lo arrastraran escaleras arriba, bien alfombradas, como a un colegial reprendido.

—Esto es innecesario —repitió, aunque su voz carecía de la firmeza habitual.

Georgiana no aminoró el paso.

—Te tiraste al Serpentine completamente vestido.

—He hecho cosas más insensatas y en peor compañía.

Ella le dio un empujoncito en los hombros mientras Burton observaba desde el pie de la escalera, sin duda encantado de tener material para cotillear con la señora Dolan.

Debería haberle dicho que volviera a casa. Debería haber insistido en ir a pie. Pero ¿quién podía resistirse a Georgiana y a su voluntad? Especialmente cuando la maldita mujer casi se había tirado al río ella misma. Semejante valor y tenacidad no admitían discusión.

Georgiana le ayudó a quitarse la chaqueta, ahora ligeramente húmeda, y luego centró su atención en la camisa. Él le apartó las manos y le lanzó una mirada tan severa como pudo.

—Ya puedes irte.

—Ni hablar.

—¿Vas a desvestirme tú, entonces? —alzó una ceja.

Se le sonrojaron las mejillas, y no era la primera vez que él pensaba en lo ridículo de su plan de convertirse en amante. No sabía ocultar nada, y esa vida de fingimiento no era para ella.

—No pienso irme a ninguna parte —declaró, y se dio la vuelta.

De espaldas a él, Rafe se desvistió con un suspiro. El río había estado helado y las manos no le respondían como debían. Arrojó la ropa sobre la silla cercana y se enfundó a toda prisa el camisón que su ayuda de cámara había dejado preparado.

—¿Ya has terminado? —preguntó ella, echando un vistazo por encima del hombro.

—Sí, así que ya puedes irte.

Ella se volvió del todo y lo miró divertida.

—¿Qué?

Sonrió con suavidad.

—Tan libertino.

Él frunció el ceño.

—No sabía que debía guardar las apariencias.

—Métete en la cama —le puso las manos en los hombros y lo hizo girarse, empujándolo hacia la cama—. Sabes de sobra que estás guapo lleves lo que lleves. Sospecho que podrías ponerte un saco de harina y aun así tendrías a las debutantes babeando por ti.

Con el ego algo menos magullado, Rafe dejó que lo arropara. Sintió un mínimo placer al verla cuidar de él, sobre todo cuando al inclinarse le regalaba un atisbo de escote. De no estar helado, probablemente se habría puesto duro como una piedra.

El mayordomo entró con una bandeja de té, el rostro inescrutable, la dejó y se retiró en cuanto Georgiana le dio las gracias. Dios, el hombre iba a tener cotilleos de sobra.

—Bebe.

—No estoy enfermo.

—Estás temblando.

No estaba temblando.

Aun así, rodeó la taza con ambas manos.

El calor le mordió las palmas con agrado y dio un sorbo, apreciando en silencio cómo el calor se extendía por su cuerpo helado. Ella se quedó demasiado cerca mientras bebía, observándolo con esa calma evaluadora tan suya.

—No hace falta que merodees —murmuró.

—No estoy merodeando.

—Estás al alcance de un golpe.

A ella se le curvó una comisura de la boca.

—Confío en que no me golpearás.

Si ella supiera.

Terminó el té. Ella le quitó la taza y sus dedos le rozaron los suyos. Él no se estremeció. Lo consideró un avance.

—Deberías descansar —dijo ella.

—No estoy cansado.

La mentira apenas le había salido de la boca cuando el agotamiento tiró de él con fuerza humillante.

Se tumbó solo para demostrarle que se equivocaba. Para demostrar que podía cerrar los ojos y volver a levantarse en un momento. Una oscuridad lánguida cayó sobre él, pero era consciente de que ella seguía allí, en un rincón, probablemente sentada en la silla.

El reloj de la repisa de la chimenea seguía con su tictac de siempre, pero el sonido se volvió fuerte. Demasiado fuerte. Como fuego de cañón y estallidos de rifles.

Estaba gritando.

¡Abajo!

¡Agáchate!

La orilla del río se convirtió en barro bajo sus botas. El barro se convirtió en sangre. Los pequeños brazos agitados del niño de pronto ya no eran pequeños, sino los de un soldado: joven, aterrorizado, que desaparecía entre el humo y el caos.

Rafe intentó moverse.

Su cuerpo no respondía.

—¡Abajo!

Su mano atrapó algo —tela, carne—, no lo sabía. Solo sabía que no perdería a otro...

—Rafe.

La luz volvió a él. Se incorporó de golpe y su mano se cerró con fuerza en torno a una muñeca.

Durante un segundo suspendido y terrible, no supo dónde estaba.

No era el río.

No era el campo de batalla.

Una habitación. Paredes de un azul pálido.

Y Georgiana.

Bajo sus dedos, el pulso de ella latía frenético.

—Soy yo —estaba diciendo ella, firme a pesar del agarre que sabía que debía de dolerle—. Estás a salvo.

A salvo.

La palabra tardó en calar más de lo que debería. La soltó de inmediato.

—Dios —dijo con voz ronca—. Yo...

—No.

Su voz no contenía miedo. Solo preocupación. Lo cual, en cierto modo, era peor.

El corazón aún le latía desbocado. Los pulmones aún no habían encontrado un ritmo adecuado.

—Casi te golpeo —dijo él.

—Pero no lo hiciste.

Antes de que pudiera protestar más, ella se movió y se tumbó a su lado sobre las mantas, tan cerca que él podía sentir su calor a través de la tela.

Se quedó completamente inmóvil. Inspiró con dificultad, pero ya sentía que el corazón se le calmaba. Ella se giró para mirarlo y le puso una mano en el pecho. Permanecieron allí en silencio un rato; el único sonido en la habitación era el reconfortante tic-tac del reloj y sus respiraciones, que poco a poco fueron acompasándose.

—Lo siento —dijo de nuevo, mirándola. Dios santo, allí tumbada, era más hermosa que en cualquiera de esas noches entre la *alta sociedad.* Parecía pertenecer a aquel lugar.

—No tienes que disculparte por soñar —dijo ella con dulzura.

Él alzó la vista hacia el techo.

—No siempre recuerdo lo que sueño —admitió.

—¿Pero te pasa a menudo?

—Ya no tanto. Cuando volví era peor. Era...

—No tienes que hablar de ello.

Sonrió levemente. —Mi padre decía lo mismo, pero mi hermano no opinaba igual. Decía que debía hablar de ello. —Se giró de lado y le apartó un mechón de pelo de la cara—. Curiosamente, tenía razón. Hablábamos de ello a menudo y las pesadillas fueron remitiendo.

—Si necesitas a alguien con quien hablar, siempre estoy aquí.

Pero eso no era cierto, ¿verdad? En cuanto fuera la amante de alguien, dejaría de estarlo. Solo pensarlo le encogió el corazón.

Cobró conciencia de ella, verdadera conciencia. El calor de su piel, el suave vaivén de su pecho al respirar. Rafe le acarició la mejilla con el pulgar y saboreó la suavidad de su piel. El alivio barrió de golpe cualquier rastro de horror. Esto era real, comprendió. Esto no era ninguna lección. Ella no iba a ser la amante de nadie y él no era su tutor. La veía de verdad, y supo que no podía dejarla escapar.

Antes de darse cuenta de lo que hacía, le rodeó la nuca con la mano y atrajo su boca hacia la suya. La besó con fuerza, con desesperación, embriagándose de su calor y su fragancia, saboreando su sabor. Se apartó igual de rápido.

—Perdón —dijo—. No debería haber...

Ella lo silenció con la boca mientras sus manos le buscaban los hombros para atraerlo de nuevo hacia sí. Este beso fue más lento. Él la dejó llevar la iniciativa, sabiendo que ella tenía fuerza y coraje suficientes para los dos. Fue un alivio dejarse arrastrar por ella, seguir su corriente. La dejó besarlo, dejó que sus manos le recorrieran el pelo, la mandíbula, la línea febril de la espalda. Se movió contra ella, con suavidad al principio, luego con creciente urgencia, como si temiera que pudiera desvanecerse en un sueño si aflojaba el abrazo.

Estaba cálida, imposiblemente cálida, y el modo en que se apretaba contra él le incendiaba los nervios.

—¿Es esto lo que quieres? —le murmuró al oído.

—¿De verdad necesitas preguntarlo?

Pensó en las dos veces que había intentado contenerse y ella había querido más, y se rio antes de besarla profundamente.

Ella le enredó los dedos en el pelo, tiró hasta hacerlo gemir y lo besó con renovada avidez. Él le deslizó las manos por la espalda,

recorriendo los pequeños botones del vestido, y ella se arqueó contra él.

Solo se separaron cuando la necesidad de aire fue imperiosa. Ella lo miró con los labios enrojecidos y las pupilas dilatadas.

—Dios santo, mujer, eres hermosa.

Ella sonrió. Casi con timidez. Como si nadie se lo hubiera dicho bastante. Rafe se prometió decírselo cada día durante el resto de su vida.

Se tumbó boca arriba y tiró de ella para que quedara encima, sus cuerpos encajando como si hubieran sido hechos el uno para el otro. Ella se inclinó y volvieron a besarse, lento y profundo. Le palpitaba el sexo y ya ni recordaba haber tenido frío. Gimió contra su boca y empezó a forcejear con los botones del vestido. Los dedos no le obedecían y se sentía como un adolescente torpe.

Georgiana se rio mientras él maldecía en voz alta y lo ayudó a desabrochar los botones; luego se bajó el vestido de los hombros. Forcejearon sin ninguna elegancia para quitárselo y él lo arrojó junto al resto de la ropa.

Y buen viaje.

Después le tocó el turno al camisón. Consciente de las cicatrices de guerra que le surcaban el cuerpo, esbozó una sonrisa torcida. —Ya no soy tan apuesto como antes.

—No —convino ella, pero se inclinó para besar la peor de las cicatrices, la que le cruzaba el costado. Tocó las otras, más pequeñas, y le sostuvo la mirada antes de besarlo con fiereza.

—Necesito... verte —logró murmurar entre besos.

Rafe tiró de lazos y apartó tela hasta que ella quedó tan desnuda como él, y tragó saliva. Si hubiera sabido antes lo que ocultaban aquellos vestidos tan bien ajustados, habría tenido menos autocontrol durante las lecciones.

Le acarició la cadera, la atrajo hacia sí y exploró su cuerpo con lentitud hasta encontrarla lista, húmeda de deseo. Ella gimió quedamente mientras las caderas se le mecían hacia delante. Él la observó seguir meciéndose contra su mano. Santo Dios, aquella mujer no necesitaba lecciones. Sabía perfectamente cómo procurarse placer. Le movió los dedos y a ella se le frunció el ceño,

los ojos cerrados mientras el placer alcanzaba su cima. Sin perder tiempo, la guio hacia abajo, sobre él, lento, deliberado, prolongando los últimos estertores del placer. Ella se hundió sobre él y exhaló con un estremecimiento.

—No pares —jadeó.

No lo habría hecho ni aunque el mundo se acabara. Juntos, aumentaron el ritmo, y el placer le abrasó las entrañas. Ella tenía los labios entreabiertos y mechones de pelo le caían sobre los hombros. Se contrajo a su alrededor con un grito al alcanzar el clímax, y aquella imagen lo deshizo. Hundió el rostro en su hombro para amortiguar el sonido animal que se le escapó mientras se vaciaba dentro de ella.

Le acarició el pelo, desenredándolo con los dedos, maravillado de lo ferozmente que deseaba a aquella mujer y de lo poco que quería dejarla escapar jamás.

Al cabo de unos minutos, ella se movió y Rafe sintió que el frío volvía.

—Debería irme —dijo, apartándose el pelo de la cara—. Si no llego pronto a casa, mis hermanas se presentarán en tu puerta.

—Eso no nos conviene —dijo con una sonrisa.

La observó vestirse, observó cómo se ataba el corsé, observó la eficiencia practicada y resuelta de una mujer que había pasado toda la vida ocupándose de sí misma y de su familia.

—¿Te veré mañana? ¿En la velada de Lady Blackwood?

—Sí —maldijo—. No. Tengo una cita con mi abogado.

—Oh.

—Aunque después sí. ¿Podrías venir aquí?

No quería que se fuera. El impulso de pedirle que se quedara —de obligarla a quedarse— le subió por la garganta, denso y asfixiante.

Ella lo miró con los labios fruncidos.

—No me mires así.

—¿Así cómo?

—Como si fueras a ponerte a recitar poesía.

Él resopló una risa.

—Jamás en la vida.

Pero bien podría empezar a ensayar su propuesta de matrimonio. Solo tenía que averiguar cómo convencerla de que casarse no era tan terrible.

Ella encontró sus botas debajo de la chaqueta de él y la colgó en el respaldo de la silla. Los hombros de ella se tensaron ligeramente, aunque Rafe no alcanzaba a entender por qué. ¿La habría lastimado de algún modo?

—¿Todo bien? —preguntó una vez que ella se hubo alisado la ropa y atado las botas.

—Por supuesto —esbozó una sonrisa que no le llegó a los ojos—. Hasta mañana.

—George...

Ella se fue antes de que él pudiera volver a ponerse el camisón y darle a Burton el mejor cotilleo que pudiera desear. Su Excelencia, bajando las escaleras a toda prisa en camisón. Menudo espectáculo habría sido.

Rafe se dejó caer en la cama. Era porque había acabado dentro de ella. Eso era. Qué idiota. Ella estaba preocupada. Pero daba igual. Iba a pedirle matrimonio mañana, y aunque ella no lo hubiera dicho, él lo había visto en sus ojos. Lo amaba, estaba seguro.

Capítulo dieciséis

El salón de Lady Blackwood no era ni el más grande ni el más elegante de Londres, pero los domingos por la tarde siempre estaba lleno.

Las sillas no hacían juego. La alfombra se había desteñido en los lugares donde más se pisaba. El aire conservaba el aroma tenue y permanente a humo de velas y buen clarete. Pero Lady Blackwood sabía exactamente a quién invitar y dónde sentarlos, lo cual importaba mucho más que los dorados o los metros cuadrados.

En las cenas de Lady Blackwood siempre había gente interesante. Georgiana y sus hermanas eran invitadas sin falta porque su madre había sido buena amiga de la anfitriona, e incluso Theo esperaba con ilusión la velada, sabiendo que habría al menos una persona con quien conversar sobre algún invento o descubrimiento poco conocido.

Frankie, sin embargo, no estaba tan contenta y no hacía ningún esfuerzo por ocultar su molestia al verse sentada junto al capitán Devine. Georgiana no acababa de entender la antipatía de Frankie hacia su pretendiente, y al parecer él tampoco. O eso, o se deleitaba en ella, ya que le lanzó a Georgiana una sonrisa audaz y una mirada en dirección a su hermana.

Georgiana intentó devolverle la sonrisa, pero le costó. ¿Cómo iba a mantener las apariencias después de lo que había sucedido el día anterior? Aquello no había sido ninguna lección. A menos que se contara como una lección en asuntos del corazón. No sabría decir cómo ni por qué había sucedido, pero se había abierto a Rafe, igual que él a ella. Podría haber jurado que, durante ese breve instante, eran iguales y que quizás, solo quizás, aquello era algo más.

Que quizás incluso podría abandonar sus miedos.

Pero entonces lo vio. Un trozo de papel que se había caído del bolsillo de Rafe. Una lista de nombres. El corazón le dio un vuelco cuando vio el título. Posibles esposas. Pero claro. Un duque siempre necesita una esposa.

Casi lo había vuelto a guardar cuando vio su nombre. Entonces leyó lo que Rafe había escrito.

NO SIRVE COMO ESPOSA.

Qué tonta había sido. Aquello no era más que una conquista, o quizás un poco de consuelo como mucho.

No debería haber pensado en abandonar su plan ni por un segundo.

Por lo visto, los comensales tampoco querían ayudarla a olvidar lo del día anterior.

—Hyde Park —dijo alguien.

No levantó la vista de inmediato. Escuchó.

—...bastante dramático, según me han dicho.

—...directamente al agua, con abrigo y todo...

—...el Serpentine es más profundo de lo que la gente cree...

Ahí estaba.

—El duque demostró una serenidad admirable —declaró Lady Jersey desde el otro lado de la sala, abanicándose con pereza—. La mayoría de los hombres se limitaron a gritar instrucciones. Él actuó.

Siguió un murmullo de aprobación.

Georgiana mantuvo la expresión neutra y pinchó la comida con el tenedor.

—Oí que el niño había desaparecido por completo bajo la superficie —añadió alguien—. Dos veces.

—Tres veces —corrigió la viuda con sequedad—. La prima de mi doncella estaba presente.

Cómo no.

Un anciano se inclinó hacia delante.

—¿Y el joven caballero no dudó?

—Ni un segundo —dijo Lady Blackwood—. Se quitó el abrigo y las botas y se lanzó a por el niño como si fuera a recoger un sombrero.

—Usted estaba allí, ¿verdad, señora Berry? —dijo Lady Jersey.

—Así es —respondió Will por ella—. Mi hermana ayudó a reanimar al niño.

—Qué extraordinario —comentó alguien desde el extremo de la mesa.

Georgiana apenas logró esbozar una débil sonrisa.

A medida que avanzaba la tarde, el vino corría y las voces se elevaban. La conversación sobre Rafe y sus hazañas quedó pronto olvidada, lo que permitió a Georgiana aturdirse con el alcohol y dejar que el dolor del pecho se le fuera aliviando. Miró alrededor de la mesa, tratando de recordar si había alguien allí con quien debería estar coqueteando.

Antes de que pudiera localizar algún objetivo, se le acercó el señor Hawthorn. Era un hombre atractivo, algo mayor que ella, conocido por ser un astuto hombre de negocios con intereses en el transporte marítimo, el café y la manufactura. Había hablado con él en varias ocasiones y le había parecido interesante, aunque de un modo discreto.

—Señora Berry, ¿me permite un momento?

Georgiana miró hacia Lady Blackwood, que observaba con atención. Esta le dedicó una pequeña sonrisa de aliento que hizo fruncir el ceño a Georgiana, pero como no veía razón para ser descortés, asintió.

El señor Hawthorne no la llevó más allá de la pequeña salita contigua al salón, dejando la puerta entornada por respeto al decoro. El murmullo de la conversación llegaba desde el otro lado.

—Espero que perdone mi franqueza —comenzó—. Nunca he sido de los que se andan con rodeos.

—Es de agradecer, pero ¿qué es lo que necesita decirse con tanta franqueza, señor Hawthorne?

Él juntó las manos a la espalda y la observó con gesto pensativo.

—Lady Blackwood me ha dado a entender —continuó— que es usted una mujer que valora la honestidad.

Georgiana no confirmó ni desmintió nada.

—También insinuó —añadió con cautela— que podría usted estar abierta a un arreglo que se aparta un tanto de las expectativas habituales.

Tragó saliva.

—Ignoraba —dijo Georgiana con voz neutra— que mis expectativas fueran tema de conversación.

—Solo que necesita usted seguridad económica y que esta será su última temporada.

—Ambas cosas son tristemente ciertas, pero ¿qué tiene eso que...?

—Seré directo —dijo—. Necesito una esposa.

—Oh.

—Mis propiedades son solventes —continuó—. Holgadamente. Un matrimonio entre nosotros resolvería ciertas... cuestiones. También le proporcionaría unos ingresos libres de toda interferencia. Pueden establecerse acuerdos que le garanticen plena libertad en su uso.

Intentó que la sorpresa no se le notara en el rostro. De algún modo, el pulso se le mantuvo estable. Miró alrededor de la habitación y después al hombre que le estaba pidiendo que compartiera su vida con él. No era Rafe. No era un benefactor. Ni siquiera era el horrible Thornbury.

—¿Y qué requeriría usted a cambio, señor Hawthorne? —se oyó preguntar.

—Tu nombre. Tu presencia. Tu inteligencia en mi mesa. —Hizo una pausa—. Nada más, salvo lo que tú decidas dar libremente.

Georgiana ladeó ligeramente la cabeza.

—No me parece usted un hombre excesivamente preocupado por las apariencias.

—No —coincidió—. Pero la sociedad sí.

Hizo una pausa cuando ella lo observó con más atención, tratando de descifrar lo que quería decir.

—Tengo... asociaciones —dijo— que resultan más fáciles de mantener cuando la vida doméstica no invita a hacer preguntas.

Ella apretó los labios. Creía entender lo que quería decir, y una confesión así era sin duda un acto de valentía.

—Usted requiere —dijo Georgiana lentamente— un hogar que no invite a especulaciones.

—Precisamente.

—Y a cambio, yo podría ocuparme de mis propios asuntos.

—Sí.

Ella lo estudió. No había burla en su expresión. Tampoco desesperación. Solo determinación. Ayer le habría dicho con educación, pero con firmeza, que pusiera fin a esta conversación y buscara en otra parte.

Hoy, vaciló.

—¿Me cree capaz de desempeñar ese papel?

—Estuve allí, en el río. —Esbozó una leve sonrisa—. No se desmayó. No gritó. Actuó. Y después, no intentó atribuirse el mérito de lo que había hecho.

—Es una base curiosa para el matrimonio.

—He visto muchos matrimonios fundados en menos.

A pesar de sí misma, casi sonrió.

—¿Y Lady Blackwood cree que yo consideraría algo así?

—Cree que es usted pragmática.

Eso le dolió un poco. No porque fuera mentira.

—¿Y qué hay —Georgiana tragó saliva, con la sensación de estar fuera de su propio cuerpo— del afecto?

—Le ofrecería respeto —respondió sin vacilar—. Y lealtad. No me entrometería en sus... relaciones, siempre que no pongan en peligro la discreción.

Sus pensamientos volaron hacia un hombre que se revolvía en la cama, atormentado por las pesadillas.

No podía pensar en él en ese momento. Porque esto... esto era casi lo que quería. De acuerdo, no habría lecciones de placer, pero sí libertad y seguridad. Todo lo que deseaba. Y teniendo en cuenta a los hombres que había conocido en su búsqueda de un benefactor, el señor Hawthorne empezaba a parecer una opción más que aceptable.

Pero ¿qué pasa con Rafe?, susurró una voz traidora.

¿Qué pasaba con él? No quería casarse con ella. Lo creía con tal firmeza que llevaba esa convicción escrita en un papel en el

bolsillo.

—Esto sería un matrimonio solo de nombre —dijo ella.

—Solo de nombre —confirmó él—. Con beneficio mutuo.

—¿Y los hijos?

—Si los deseara, abordaríamos... el asunto. De lo contrario, nadie haría preguntas.

Era minucioso. Eso había que reconocérselo.

Era una oferta que muchas mujeres envidiarían. Seguridad. Autonomía. Protección para sus hermanas. Liberarse de la precaria danza que llevaba años ejecutando.

Sin humillación. Sin tener que entregarse. Solo una actuación.

¿Acaso no podía actuar? ¿No se había pasado ya el comienzo de la temporada actuando en busca de alguien que cuidara de ella?

Georgiana respiró hondo.

—Aprecio su franqueza. Y su oferta, señor Hawthorne. Creo que es sincera.

—Y yo aprecio su discreción —respondió él.

Ella lo miró directamente a los ojos.

—¿Me concedería unos días para pensarlo?

—Por supuesto.

Entonces él dio un paso atrás, restableciendo la distancia apropiada.

Cuando regresaron al salón, la mirada de Lady Blackwood se deslizó de uno a otro con agudo interés. Georgiana esperaba no haber revelado nada, pero durante el resto de la tarde no pensó en otra cosa que en la propuesta del señor Hawthorne. Observó a sus hermanas, pensando en Will y su deseo de casarse solo por amor, y en el de Frankie de no volver a ver a un hombre en su vida. Y, por supuesto, en Theo y sus hermanas menores, que por ahora solo deseaban seguir sus pasiones.

¿Podía de verdad renunciar a Rafe para asegurar esas esperanzas y sueños para ellas?

Mientras se dirigía a la mesa de los refrigerios, se detuvo junto a un grupo de jóvenes damas, preguntándose si se estaba volviendo loca al oír el nombre de Rafe. Pero no, definitivamente

estaban hablando de él. Se entretuvo sirviendo un poco de ponche y aguzó el oído para captar cada palabra.

—...Ashbourne —decía una mujer—. Me preguntaba cuánto tardaría.

—¿Después de sus heroicidades? Diría que medio Londres ha intentado echarle el lazo —rió otra mujer.

—Oh, esto no es *medio* Londres —respondió otra—. Esto es algo muy concreto. Nadie se arriesga a llamar así la atención sin tener intenciones.

Georgiana sintió, absurdamente, que una calidez florecía bajo sus costillas. Se dijo que no se acercara más, y lo hizo de todos modos.

—He oído —continuó la mujer— que lo han visto más de una vez en conversación seria. Formal, incluso. No es su estilo habitual.

Oh, Dios. Los habían descubierto. Sus lecciones no habían pasado desapercibidas.

Serio. La palabra se le clavó en el pecho.

—Bueno, ya era hora. Un duque no puede quedarse soltero para siempre, y desde luego no lo hará por una mujer sin rango. Me han dicho que la familia es de lo más respetable. Fortuna de abolengo. Linaje impecable.

Hubo un murmullo de aprobación. Georgiana no se movió. La calidez se esfumó tan rápido como había llegado.

Por supuesto.

Ella no tenía linaje. Ni fortuna de abolengo. Tenía que ser una de las otras damas de su lista.

Georgiana dejó el cucharón con deliberado cuidado y se alejó antes de que alguien notara el cambio en su expresión. La seguridad, se recordó, nunca había requerido esperanza. Si Rafe pretendía conseguir una novia de alcurnia, entonces la oferta del señor Hawthorne no era ningún sacrificio, sino pura sensatez.

Capítulo dieciséis

Rafe no podía dejar de caminar de un lado a otro. La antigua alfombra de su biblioteca corría el riesgo de desarrollar su propio sistema de trincheras antes de que anocheciera. Pasó una mano por los lomos de los libros, enderezando una hilera de traducciones que no tenía intención de leer, y luego fue hasta la ventana del fondo y volvió.

Por primera vez en su vida, no tenía ni idea de qué decir. Incluso durante los escándalos más enredados de su juventud, siempre había un movimiento que hacer, una frase ingeniosa o una acción para cambiar el equilibrio. Pero ahora, con solo el lento tic-tac del reloj de la biblioteca, se enfrentaba a una espera interminable y sin plan alguno. Y odiaba cada segundo.

Intentó preparar un discurso de nuevo. Quizás también una disculpa. Pero las palabras adecuadas no acudían a él. Se detuvo junto al mueble bar y negó con la cabeza. De todos modos, no creía que el estómago le aguantara el alcohol.

Dios, esto era ridículo. Era un hombre adulto, un duque, responsable del sustento de muchas familias y de cientos de acres y, sin embargo, no podía mantener las manos firmes.

Un golpe en la puerta hizo que el pulso se le desbocara. Se obligó a respirar.

—Adelante.

Burton abrió la puerta con su habitual expresión impenetrable.

—La Señora Berry, Su Excelencia.

Hermosa como siempre. Más aún, quizás. Resistió el deseo de estrecharla entre sus brazos y besarla hasta perder el aliento, así que hizo una reverencia y se preguntó qué demonios le pasaba.

—Gracias por venir.

Ella asintió una vez, luego entró del todo y Burton cerró la puerta. Los nervios volvieron a atenazarle el estómago. Ella también estaba rara. Muy rígida. Quizás estaba asustada por lo que había pasado el día anterior. Tal vez creía que él la escandalizaría. Bueno...

—Rafe, quería decirte que he recibido una propuesta —dijo ella rápidamente.

Por un instante, Rafe pensó que había oído mal.

—¿Una propuesta? —repitió.

Ella inclinó la cabeza.

—Es un viudo de buena posición, y su situación es... bueno, su oferta es más que respetable. He aceptado, en principio.

En principio. La frase cayó entre ellos como una piedra.

Rafe descubrió que tenía la boca completamente seca. Tragó con dificultad; la sensación de malestar en el estómago crecía y se extendía hasta convertirse en un dolor en el pecho.

—¿En principio?

Maldita sea, ¿no podía hacer nada más que repetir las palabras que ella decía? ¿Dónde estaba su lucha? ¿Dónde estaban las palabras floridas que la harían suya?

—Pensé que era mejor decírtelo directamente. Nuestras lecciones ya no son necesarias. Tengo lo que necesito.

Georgiana hablaba con tanta frialdad que tuvo que preguntarse qué había hecho para merecer aquel giro del cuchillo que en ese momento se hundía en su corazón.

—Pero querías ser amante —logró decir—. Dijiste que nunca querías casarte. Pensé que...

—Este arreglo me ofrece mucho —esbozó una leve sonrisa—. Además, ¿no dijiste que convertirse en amante era una idea terrible? Pensé que te alegrarías por mí.

¿Feliz? ¿Feliz de que hubiera decidido hacer lo único que había jurado no hacer con un hombre desconocido en lugar de con él? ¿Estaba loca?

Esperó a que ella lo mirara, a que parpadeara, a que dejara entrever cualquier atisbo de incertidumbre. No lo hizo. Sus manos permanecieron firmes, su rostro no revelaba nada.

—No —dijo—. No, tú no quieres esto. No puedes...

Ella levantó la barbilla.

—No se trata de lo que yo quiera.

Él inspiró hondo.

—Entonces, ¿de qué demonios se trata?

Ella se acercó.

—Sabes muy bien de qué se trata. Se trata de mí y de mis hermanas.

—¿Tus hermanas? —Se pasó una mano por la cara—. Tus hermanas no necesitan que te sacrifiques constantemente por ellas.

—Eso es muy fácil de decir para ti.

—¿Quién te ha propuesto matrimonio? Por favor, dime que no es Thornbury. Dios...

—No, es el señor Hawthorn.

Él entrecerró los ojos.

—¿Hawthorne? —Recordaba vagamente al hombre—. Ni siquiera sabía que estuviera buscando esposa.

—Va a ser una especie de matrimonio de conveniencia. Uno en el que tendré completa libertad. Y uno que cuidará de mis hermanas el resto de sus vidas.

Él avanzó y acortó la distancia entre ellos en tres zancadas.

—¿Crees que esto es lo que mereces? ¿Estar a salvo y sola?

—Creo que es algo con lo que puedo vivir —dijo ella.

—¿Incluso después de lo de ayer?

Ella ladeó la cabeza.

—Rafe, seamos serios. Eres un libertino conocido. Por eso acudí a ti. Y ambos sabemos que no puedes ofrecerme lo que necesito. Debes casarte y yo no seré tu amante.

—Sí, sí, debo casarme. Pues casémonos, maldita sea.

Ella abrió los ojos de par en par.

—No podemos —casi se rio; él lo percibió en su tono.

Rafe apretó los dientes. No era así como debía haber ido. Iba a pedírselo con cuidado, explicarle las ventajas de casarse. Decirle que nunca la retendría y que cuidaría de toda su familia.

Siempre y cuando ella lo amara.

Pero parecía que no. Un vacío doloroso se abrió en su interior. Ella se preocupaba tan poco por él que prefería un matrimonio de

conveniencia a una vida con él.

—Eres una cobarde —dijo, y se arrepintió al instante.

—Tú no eres diferente a mí. Vi la lista. Llevas planeando un matrimonio desde el comienzo de la temporada, sopesando quién era adecuada para ti y quién no.

—¿La lista?

—Creo que yo estaba catalogada como *no apta para esposa*.

Rafe logró no soltar una maldición feroz. Esa maldita lista. Debería haberla tirado cuando tuvo ocasión.

—Eso no significaba nada.

—Para mí sí.

Él dio otro paso adelante y alargó la mano hacia ella.

—George, si te hice daño...

—No —retrocedió ella—. No me hiciste daño. Solo me abriste los ojos: tenía razón sobre el matrimonio y sobre querer un arreglo sensato. Esta vez no puedo casarme si no es por los motivos adecuados.

—Casarte con un completo desconocido no es la solución.

—Puede que no sea la solución que buscaba, pero creo que sí lo es. Voy a ir a ver al señor Hawthorne y aceptar su propuesta ahora mismo. Cuanto antes nos casemos, mejor.

La observó durante unos momentos. Su postura no le dejaba escapatoria. Permanecía rígida y desafiante, y él no encontraba ningún argumento que pudiera hacerla cambiar de opinión. Ella se había propuesto seguir este camino desde que le pidió ayuda como tutor, e incluso entonces él había sido incapaz de disuadirla.

Lentamente, retrocedió. La observó con atención, esperando el momento en que se delatara, pero eso nunca ocurrió. Su compostura no se resquebrajó ni una sola vez.

—Entonces supongo que te deseo mucha dicha con tu futuro sensato y ordenado —dijo—. Que sea todo lo que siempre soñaste.

Ella no dijo nada. Él esperó, pero ella no cedió. Se marchó en silencio sin mirar atrás.

Rafe permaneció inmóvil un largo momento. Repasó mentalmente la conversación, buscando fisuras, tratando de encontrar alguna prueba de que ella sentía lo mismo que él.

Al cabo de un rato, por fin pudo moverse. Se sirvió otra copa de brandy y se dejó caer en el sillón.

—¿Así que la Señora Berry se ha marchado?

Rafe levantó la vista. Burton aguardaba en silencio en el umbral.

—No te hagas el listo, Burton.

—Nada más lejos de mi intención, Su Excelencia.

Rafe apretó el vaso con más fuerza.

—Si quieres algo que llevarle a la señora Dolan, puedes decirle que la Señora Berry ha aceptado a otro hombre.

—En principio, señor —dijo Burton con suavidad.

Rafe entornó los ojos mirando a su mayordomo y negó con la cabeza.

—Debería despedirte por escuchar a escondidas.

—Y sin embargo no lo hará, porque ¿quién si no puede hacerle entrar en razón, Su Excelencia?

—¿Razón? —Rafe dejó el vaso lentamente—. ¿Crees que debería ir tras ella?

—Creo —respondió Burton— que si pretende luchar por la dama, ahora sería el momento.

Rafe maldijo entre dientes y se levantó de golpe. Sin embargo, para cuando llegó a la verja principal, Georgiana había desaparecido y la calle frente a la casa estaba atestada de carruajes y caballos. Alcanzarla antes de que aceptara a Hawthorne no iba a ser fácil. Miró a un lado y otro de la calle y suspiró. Supuso que su única opción ahora era salir corriendo tras ella.

Capítulo diecisiete

Georgiana salió de la casa como si estuviera en llamas. No se detuvo al pie de los escalones, no comprobó si llevaba alguna horquilla suelta ni siquiera logró recomponerse por si algún vecino la veía. Le temblaba la barbilla y se secó las lágrimas que amenazaban con derramarse. Cruzó la calle a grandes zancadas y sintió la brisa de un carruaje que pasó rozándola.

Por un instante, se arriesgó a echar un vistazo hacia la casa, hacia las cortinas del segundo piso, y vio un movimiento fugaz. ¿Sería Rafe observándola marcharse o el siempre vigilante Burton?

Al divisar un coche de alquiler más adelante, sucio y ladeado hacia un costado, lo llamó con un golpecito en el cristal de la cabina y el conductor se despertó sobresaltado.

—¿Adónde, señorita? —gruñó como si hacer su trabajo fuera una imposición.

Ella le dio la dirección y subió antes de que pudiera volver a dormirse.

El interior oscuro del carruaje no era mucho mejor que el exterior. Olía levemente a lana húmeda y no ofrecía ningún consuelo. Cuando el carruaje arrancó con una sacudida, Georgiana apoyó la espalda contra el asiento desgastado y cerró los ojos un momento. Las lágrimas que había luchado por contener volvían a amenazar, pero se las tragó.

Ella había tomado su decisión. Rafe también.

Las calles estaban congestionadas y, mientras miraba por la ventana, unas gotas de lluvia golpearon el cristal. Cómo no. Qué apropiado que el inclemente clima inglés reflejara su estado de ánimo. ¿Acaso le estaba diciendo que diera la vuelta? ¿O tal vez la

instaba a seguir adelante, alejándose de la penumbra hacia la casa del señor Hawthorne?

El coche de alquiler avanzaba poco a poco, deteniéndose cada pocos segundos. Sintió, más que oyó, la impaciencia del conductor cuando sacudió las riendas y el carruaje avanzó apenas un palmo.

La lluvia arreció, llenó los adoquines y los surcos de las calles y trajo consigo más congestión mientras los peatones se apresuraban a cruzar en busca de refugio o saltaban a los carruajes. Respiró hondo e intentó ignorar la conversación que se repetía en su mente.

¿Qué había esperado? ¿Que Rafe le declarara su amor eterno? No estaba segura, pero no había anticipado que la llamara cobarde.

Y la ira.

No había esperado eso.

Si tan solo él entendiera que era el único camino sensato. Rafe era un duque, y ella era... ¿qué?... una viuda sin fortuna a su nombre. Ambos sabían perfectamente que cualquiera de las mujeres de esa lista era más apropiada para él que ella. Es más, no podía arriesgar su corazón con un hombre como Rafe, salvaje y atormentado por sus propios demonios. La descartaría en poco tiempo.

El coche de alquiler se sacudió y se detuvo tan bruscamente que Georgiana tuvo que sujetarse con ambas manos. Miró a través de la ventana mugrienta. Más adelante, un carro cargado de barriles se había volcado en el punto más estrecho del callejón, con el contenido esparcido por la calle.

Georgiana resistió el impulso de dejarse caer hacia delante. Con cada respiración lenta y temblorosa, consideró su plan e intentó entusiasmarse con el asunto. Iría a ver a Hawthorne, le agradecería su oferta y aceptaría. Habría papeleo. Estaría el alivio de su padre y la alegría culpable de sus hermanas.

Y quizás algunas reprimendas. Pero lo entenderían.

Afuera, el conductor intercambió algunas palabras cruzadas con quienes intentaban despejar la calle. Otras personas se unieron

a la discusión y ella suspiró.

No podía soportarlo. Georgiana abrió de un tirón la puerta del carruaje antes siquiera de haber decidido actuar. El escalón estaba resbaladizo y traicionero, pero encontró el equilibrio y se adentró en la llovizna, ciñéndose la pelliza.

El conductor la llamó:

—¡Eh, señorita, la tarifa!

Negó con la cabeza, molesta consigo misma, se dio la vuelta y le pagó el doble antes de seguir su camino.

Su abrigo no estaba hecho para este clima. Se había vestido para un poco de sol, pero la lluvia tenía esa cualidad persistente, imposible de ignorar. Le empapó el cabello en las sienes y sin duda la hacía parecer un desastre. Soltó una risa algo histérica al pensar si el señor Hawthorne cambiaría de opinión sobre ella, pero luego recordó la naturaleza práctica de su oferta.

La caminata debería haber durado quince minutos, pero las calles estaban resbaladizas y la lluvia parecía ralentizar a todos, cuando todos deberían haberse apresurado a llegar a su destino. Georgiana solo quería acabar con aquello de una vez. Cuando llegó a la casa de Hawthorne, llevaba las faldas cubiertas de mugre en el dobladillo.

Se detuvo ante la verja. Conocía la casa del señor Hawthorne. Era una de las más grandes de la plaza y muchos habían comentado cuando él la adquirió: algunos impresionados de que un hombre hecho a sí mismo pudiera permitírselo, mientras que otros deploraban que no fuera propiedad de alguien de abolengo.

Permaneció un largo momento bajo la humedad. ¿Qué esperaba? Sus hermanas no estaban allí para detenerla y Rafe no había corrido bajo la lluvia para rogarle que reconsiderara. Su futuro la esperaba tras esa verja y necesitaba hacer lo que siempre había planeado antes de aquella tarde con Rafe: tomar el control de su vida.

Por fin, abrió la verja despacio y subió los pocos escalones hasta la reluciente puerta negra. Tiró de la campanilla y esperó hasta que el mayordomo abrió.

Dentro, el mayordomo la ayudó con los guantes húmedos, el sombrero y la chaqueta, y le pidió que esperara en la sala. Entró en una habitación grande y bien iluminada con muebles mullidos y una mezcla ecléctica pero de buen gusto de objetos de todo el mundo. Sospechaba que el señor Hawthorne había elegido la decoración él mismo y le agradó saber que al menos su futuro esposo era un hombre de buen gusto.

El señor Hawthorne entró con presteza e inclinó la cabeza.

—¿Puedo ofrecerle un té?

—No, estoy bien, gracias.

Señaló su cabello húmedo.

—A pesar de las apariencias.

Él esbozó una pequeña sonrisa. Llevaba una chaqueta gris y un corbatín impecablemente anudado. También tenía buen gusto para vestir. Eso era bueno.

—No esperaba volver a verla tan pronto, debo admitir —dijo, sentándose en el sofá de enfrente—. No pretendía que se apresurara con esta decisión.

Georgiana asintió.

—Le agradezco su oferta. De verdad.

—No tiene que estar agradecida —dijo Hawthorne con tono seco—. Es una transacción, señora Berry. Una de la que usted puede beneficiarse tanto como yo.

Casi se rio, pero se contuvo.

—Veo que no cree en fingir romanticismo.

Un destello en la comisura de su boca.

—Oh, creo mucho en el romance. Y en el amor. Pero, ay, no lo encontraré en este mundo en el que habitamos.

Amor.

La palabra se alojó en su mente. *Amor*. Una soga comenzó a enredarse alrededor de su cuello. El amor era para los tontos o para quienes podían permitírselo. No para ella.

Nunca para ella.

—Creo que... —tragó saliva al sentir que la voz se le secaba —. Su oferta es excelente y creo que...

Se aclaró la garganta.

—¿Señora Berry?

—Entiendo por qué me elegiría a mí, y creo que es usted un hombre bueno y honesto.

Tragó saliva.

—¿Sería verdaderamente libre en este arreglo?

—Por supuesto. Siempre que haya discreción, puede buscar lo que desee... o a quien desee.

—Y si algo me sucediera... ¿qué pasaría con mis hermanas?

Georgiana esbozó una breve sonrisa.

—Detesto hablar de estos temas, pero es importante que alguien cuide de ellas.

—Podemos redactar un testamento para garantizar su seguridad económica.

Esta vez, la sonrisa del señor Hawthorne se ensanchó.

—Siempre me atrajo la idea de tener hermanas. Confío en que, con el tiempo, todos podamos llegar a ser una verdadera familia.

Dios mío, realmente era un hombre encantador.

—Eso está bien —dijo con vaguedad.

—Entonces hablemos de los detalles. Mi abogado ha redactado un borrador. Tanto usted como sus hermanas quedarán cubiertas económicamente, al igual que su padre. No tengo interés en tener hijos propios, pero podemos...

Se interrumpió. Georgiana se dio cuenta de que estaba aferrándose a los brazos de la silla con tanta fuerza que le latían las manos.

—¿Señora Berry?

Clavó la mirada en la ventana, en las gotas de lluvia que resbalaban por el cristal. Esa palabra había vuelto. Esa palabra traidora y caótica.

Amor.

Se volvió hacia el señor Hawthorne con el corazón latiéndole tan fuerte que le dolía.

—No sé si puedo hacer esto.

Las palabras le salieron casi en un susurro. ¿De verdad acababa de decir eso?

Él la observó en silencio, sin enfado ni resentimiento, sino con una especie de resignación casi tierna.

—No está obligada a decir que sí. Hay otras mujeres... otros arreglos... que podrían funcionar.

—Lo siento —se oyó decir.

Dios, qué tonta. Aquella oferta era perfecta. Resolvía todos sus problemas.

Salvo uno.

Amaba demasiado a Rafe como para pasar la vida con otro hombre.

Él asintió, y por un extraño y desgarrador momento, ella sintió que la comprendía perfectamente.

Permanecieron sentados en silencio. Cuando ella estaba a punto de levantarse por fin, la puerta del salón se abrió de golpe. Rafe estaba en el umbral, con el cabello revuelto y las botas embarradas. El mayordomo murmuró una disculpa al señor Hawthorne, quien se levantó y la desestimó con un ademán. Nadie le decía que no a un duque.

A Georgiana se le subió el corazón a la garganta. Intentó ponerse de pie, pero las rodillas le fallaron.

El señor Hawthorne contempló la intrusión con una expresión apenas sorprendida.

—Su Gracia —dijo, como si estuvieran en un baile.

Rafe lo ignoró. Miró a Georgiana y se acercó a ella con la respiración agitada.

—No puedes casarte con él —dijo.

Georgiana se puso de pie.

—No tienes derecho a...

—Tengo todo el derecho —espetó, y luego se contuvo—. Quiero decir... Dios, Georgiana, no hagas esto. Ni por tus hermanas, ni por tu padre, ni por ninguna razón que no sea la tuya.

—¿Has venido corriendo? —preguntó ella, sin entender por qué eso le parecía un detalle importante.

Rafe se volvió hacia el señor Hawthorne.

—¿La ama?

El señor Hawthorne se irguió.

—Respeto a Georgiana. Sería un honor...

—Eso no es lo mismo —dijo Rafe con la voz casi temblorosa.

Le tomó la mano a Georgiana y ella no fue capaz de apartarla. Las manos de él estaban desnudas, frías y húmedas.

—Te amo —dijo.

Por un momento, no hubo nada. Solo Rafe y las palabras que resonaban en la habitación.

Georgiana cerró los ojos. Habría sido más fácil, mucho más fácil, rechazarlo. Decir que el amor era un lujo, que nunca duraba. Pero vio en su mente el rostro de Will, radiante y decidida a creer en el amor. Vio sus propias elecciones sensatas y los sacrificios que había hecho por sus hermanas a lo largo de los años.

Abrió los ojos y encontró a Rafe esperándola, con el amor por ella tan claro en su mirada que no entendía cómo no lo había visto antes.

—Sé que no crees en el matrimonio —dijo Rafe—, pero creo que podría convencerte. Si no...

—No seré tu amante.

—Jamás —aceptó él—. Pero te daré lo que desees.

El señor Hawthorne carraspeó y se alisó los puños mientras le dedicaba a Georgiana una sonrisa cómplice.

—Creo que es mejor que los deje solos. Toquen la campanilla si desean té.

Gracias, articuló ella en silencio.

—George... —Rafe le apretó las manos con fuerza—. No te cases con Hawthorne. No podría soportarlo. Debería haber sabido desde el principio que te amo y debería habértelo dicho antes. No soportaba la idea de que estuvieras con otro hombre y me convencí de que era solo un sentimiento protector, pero eres la mejor persona que conozco. Das tanto y pides tan poco y...

—Ya le he dicho que no.

Rafe la miró durante unos instantes.

—¿En serio?

—Sí.

—Pero ¿por qué? Por lo que dicen, es un buen hombre. Y rico, además.

—Oh, quizá debería cambiar de opinión —bromeó ella.

—Jamás. No mientras me quede aliento.

La atrajo hacia sí y la rodeó con los brazos por la cintura. Georgiana sonrió y le pasó los brazos alrededor del cuello, dejando que sus dedos juguetearan con el cabello húmedo de él.

—Dije que no porque te amo, Rafe.

Las palabras la dejaron algo mareada y eufórica.

—Dios mío, te amo tanto que hasta me casaría contigo.

A Rafe se le cortó la respiración.

—Entonces deja de decir que no. Di que sí.

Ella se rio con suavidad.

—Creo que podría.

Apoyó la frente contra la de ella. —No soy el hombre más fácil para convivir. Sobre todo con mis pesadillas.

—Por si no te has dado cuenta, tengo muchas hermanas. Creo que sobreviviré.

—Más que sobrevivir, espero —dijo, y le acarició el rostro mientras acercaba sus labios a los de ella—. Sospecho que vamos a prosperar, y mucho.

Georgiana no pudo más que darle la razón cuando él la besó y ella le correspondió plenamente, devolviéndole el beso con una certeza firme que decía más que las palabras: una promesa silenciosa de que enfrentarían juntos lo que viniera.

Epílogo

Georgiana había querido que la fiesta de compromiso fuera íntima.

Pero, de algún modo, la cosa se le había ido de las manos.

El salón de Rafe bullía de conversaciones, las copas de champán aparecían y desaparecían a un ritmo alarmante, y a los músicos del rincón los habían convencido —muy probablemente una de sus hermanas— de tocar algo mucho más animado de lo que resultaba apropiado para una celebración vespertina.

Permanecía junto a las puertas francesas abiertas, contemplándolo todo con una mezcla de cariño e incredulidad.

Incluso sus hermanas pequeñas habían podido viajar desde el campo para la ocasión. Se apiñaban cerca de la terraza, cuchicheando y tapándose la boca para reír, con los ojos como platos ante la novedad de Londres y claramente decididas a no perderse nada del espectáculo.

Georgiana sospechaba que volverían a casa con una impresionante colección de historias y que Gus suplicaría que la dejaran debutar cuanto antes.

Todo lo cual ahora sería posible, si sus hermanas así lo deseaban.

Rafe se acercó y se colocó a su lado, entrelazando los dedos con los de ella con naturalidad.

—Parece que estuvieras calculando cuánto ha costado todo esto —murmuró él.

—Me pregunto cuánto tardará una de mis hermanas en arruinar una alfombra o romper algún adorno de valor incalculable.

Se volvió para mirarlo.

—¿Seguro que quieres casarte conmigo? Ya ves lo que viene en el lote.

Él se inclinó hacia ella, esbozando una sonrisa.

—Conocía los riesgos.

Al otro lado del salón, Wilhelmina relataba la historia del rescate en el río por lo que Georgiana sospechaba que era la sexta vez, mientras Theo intentaba —heroica pero infructuosamente— leer un libro en medio del bullicio.

Entonces la mirada de Georgiana se desvió... y se detuvo.

Frankie estaba junto a la repisa de la chimenea, con los brazos cruzados, fulminando con la mirada a un hombre alto que acababa de aceptar una copa de champán de manos de uno de los lacayos.

El capitán Devine.

El amigo más antiguo de Rafe parecía completamente a sus anchas bajo aquel escrutinio. De hecho, parecía encontrarlo vagamente divertido.

Frankie le dijo algo que Georgiana no alcanzó a oír. El capitán se echó a reír.

Georgiana hizo una mueca.

—¿Deberíamos intervenir?

Rafe siguió su mirada y negó con la cabeza mientras una lenta sonrisa se dibujaba en su rostro.

—En absoluto. Devine sabe cuidarse solo.

Georgiana supuso que Frankie también sabía cuidarse sola. Su hermana parecía a punto de arrojarle el champán a la cara al capitán.

Devine se limitó a sonreír aún más.

Rafe le apretó la mano.

—Además —dijo con una sonrisa—, sospecho que esa guerra en concreto no ha hecho más que empezar.

Georgiana se recostó ligeramente contra él, incapaz de contener una sonrisa.

—Sí —dijo en voz baja—. Y no creo que el capitán Devine tenga ni idea de en qué se ha metido.

FIN

EE.UU. | REINO UNIDO | CANADÁ | AUSTRALIA

www.samanthaholtromance.com

Sobre la autora

Samantha Holt



Samantha Holt, autora superventas de USA TODAY, es conocida por sus novelas románticas históricas divertidas, ingeniosas y, por lo general, subidas de tono. Lleva más tiempo del que jamás imaginó dedicándose a la escritura a tiempo completo, después de haberse formado como enfermera y arqueóloga. Es una campeona de la siesta, dueña de demasiados animales, madre de gemelos y vive en un pequeño pueblo cerca del centro de Inglaterra.

Normalmente está escribiendo (o echándose la siesta), pero cuando no lo hace, Samantha está tramando (¡libros, por supuesto!) con su marido, tomando café, subiendo colinas demasiado altas para su forma física o visitando casas señoriales y fingiendo ser elegante.